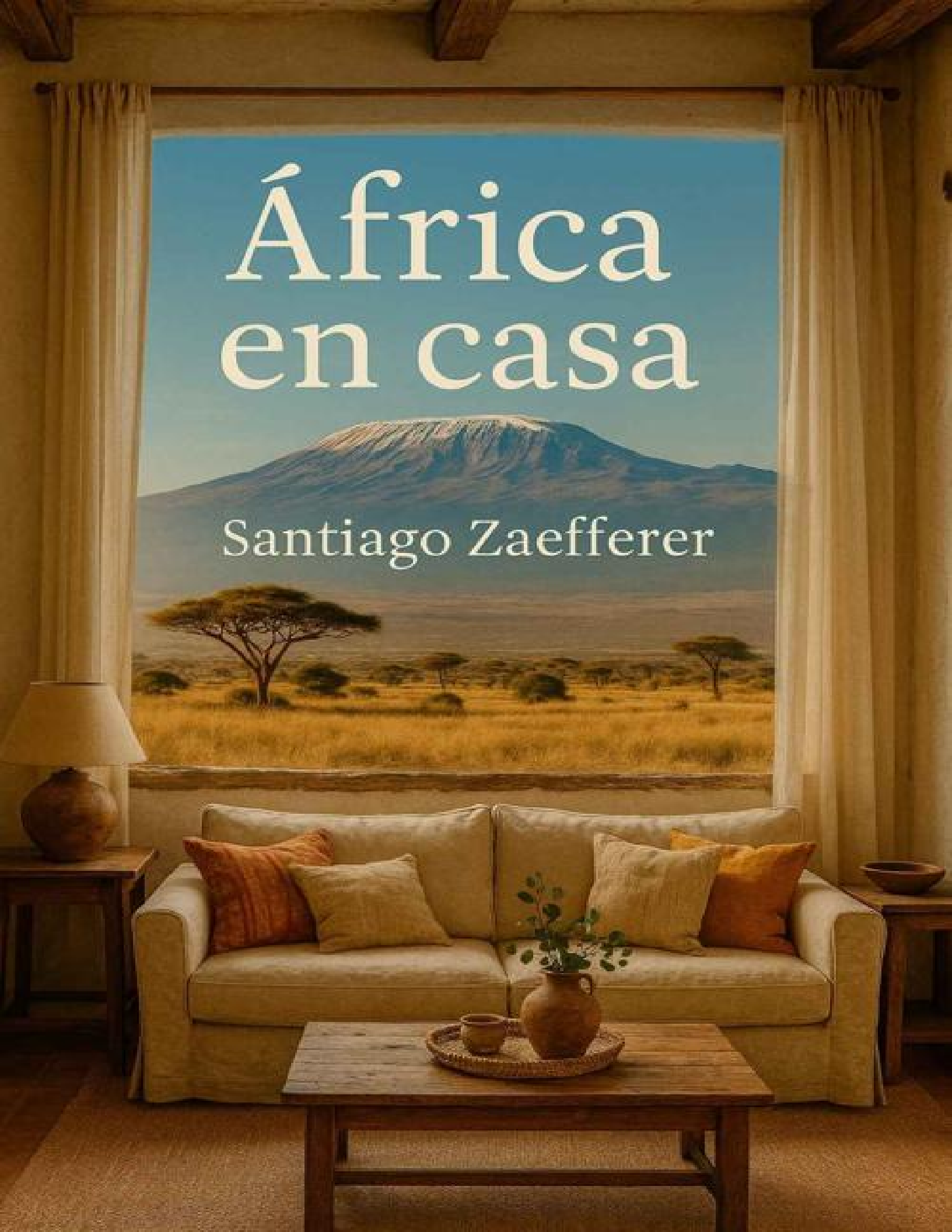

África
en casa
Santiago Zaefferer

Contents

África en casa
Primera Parte
Un despertar inesperado
Las zarpas del miedo
El aullido del viento
Enemigo invisible
Caminante no hay camino
Estate atento, levantá la cabeza y mirá para adelante
La Revelación
¡Yago no tiene la culpa!
National Geographic
3, 2, 1… ¡chau, mindfulness!
FUENTE DE VIDA
¡Santa Cachimba!
Una realidad irreal
¡Oh, bella sabana!
El azul del cielo
¡Notas mentales!
Jeeps descapotables
Aborígenes atemporales
¡Higos!
Sentir hambre
Segunda Parte
Artimañas mentales
Barro seco africano
Apreciación y Atracción
El hacha de Thor
Crema chantillí
Golondrina provista de golosinas
Una de esas personas excepcionales

Maestro Oogway
¡Papi, dejame ayudarte!
¡Al agua!
Reír y charlar
El Alquimista
Visualización
Nunca comí trufas
En casa
Richard Branson
Operación Alistamiento de Niños
Surfeando como Laird
Ola bisagra
Política macroeconómica
John Rambo
El tipo de Nike, y la abuelita
¡Tooodo dereeeecho!
Tiro al blanco
Ordinario y Extraordinario
Books By This Author

África en casa

Santiago Zaefferer

Para Ine, Clari y Mate

Primera edición, 2025
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo, está respaldando al autor, apoyando la creatividad del sector y favoreciendo a una cultura viva.

Copyright © Santiago Zaefferer, 2025

Primera Parte



Un despertar inesperado

Me despierto sobresaltado. Nada tiene sentido. ¿Qué hago en este páramo inhóspito, peinado por la brisa? No hace ni frío ni calor, pero en algunas horas oscurecerá, y tengo el presentimiento de que el frío envolverá al calor como una pitón a su presa, para luego engullírselo. La pitón se tragará el resabio de calor como si este fuera un ratón indefenso, paralizado por una sustancia llamada miedo.

Un miedo que, sin embargo, representa solo una fracción del que yo siento.

Estoy solo, despatarrado sobre este pedazo de tierra sin nombre, y no puedo recordar cómo es que desperté acá. Los pensamientos empiezan a tirarme dardos y no encuentro argumentos para defenderme.

No puede tratarse de un sueño: el entorno vibra, las copas de los árboles se mueven con el viento. La tierra es dura y está recubierta de polvo, y puedo discernir con precisión de cirujano los matices de las rocas desparramadas a mi alrededor, como dados que un gigante hubiera lanzado. Estoy muy desconcertado, no entiendo lo que pasa. ¿Por qué desperté acá, como cría recién parida, en vez de en mi casa de San Isidro, comenzando el sábado en compañía de mi mujer e hijos?

El sitio en el que me encuentro queda, sin lugar a dudas, muy lejos de San Isidro, Buenos Aires. Tal vez esté dentro del territorio argentino, aunque tengo la sospecha helada de que no es así.

Pero ¿por qué?

Decido usar los pies para intentar librarme del estupor: empiezo a caminar.

La franja de tierra seca por la que avanzo, con pasos cortos e inseguros, está flanqueada por árboles, lo que me lleva a pensar que se trata de un arroyo seco, el lecho de una antigua corriente de agua. Del bosque resalta una especie de árbol en particular: la acacia africana que tanto amo, con su característica copa achatada, evocadora de aventura y romanticismo.



Las zarpas del miedo

Estuve en este continente en dos oportunidades. La primera vez fui a Sudáfrica con Ine, mi compañera de vida, diez años atrás. Después viajé solo a Kenia, en el marco de un viaje más reciente, incierto y salvaje. Siento una conexión profunda con África, que nació durante la adolescencia gracias a las historias apasionantes de Wilbur Smith, el número uno de la novela de aventura.

Ahora, mientras vago errante por el cauce seco, observando todo con desconcierto, creo estar de regreso; no en mi mente, planeando

un viaje africano con aroma a improvisación, sino realmente acá.

Algo absolutamente descabellado, obviamente, pero acá estoy, con los ojos entornados por el sol y la brisa sobrevolándome la piel.

Mientras camino, voy absorbiendo cada aspecto del paisaje como un pintor perdido en los detalles de su obra. No se trata de una estupidez mental, de una proyección imaginaria en un lugar deseado: me encuentro acá, regresé como por arte de magia, contra todos los pronósticos del abanico de posibilidades que ofrece el realismo de la vida en el planeta Tierra.

De a poco, la euforia le va ganando terreno al desconcierto y al miedo: estoy en África. Volví. ¡Es increíble! Pero empieza a hacer frío, y me asalta la impresión de que las acacias pueden ocultar depredadores al acecho. Ine y los chicos me observan con gestos angustiados desde una distancia lejanísima; al presentarse la imagen de mi familia, comprendo, en un rayo de lucidez, que se trata de mi mejor logro, el más grande triunfo que jamás podría igualar.

—Dios, ¿qué es todo esto? ¿Qué mierda está pasando?

Tropiezo con una roca y no caigo gracias a una pirueta. Me detengo y escudriño una vez más la naturaleza en todas direcciones. Respiro agitado; es el temor por materialización de lo imposible. Los bombos del miedo se abren nuevamente a zarpazos a través del asombro y la euforia. El sueño del África pura, sin medias tintas, se hizo realidad. Pero, a medida que transcurren los minutos, más me invaden las imágenes de mis afectos, que ya no están al alcance de un llamado ni al otro lado de la cama o del pasillo.



El aullido del viento

Me pellizco en el brazo, tan fuerte como si quisiera hacerme daño, y efectivamente suelto una exclamación de dolor; un dolor que me confirma que sigo estando acá, deambulando por el páramo. Me encuentro inmerso en ese tipo particular de naturaleza salvaje que tanto me atrae, pero que ahora, dadas las circunstancias por demás peculiares, vale lo mismo que el número ganador de la lotería del año pasado.

Comienzo a trotar, movilizado por la necesidad de librarme de los vientos fríos en el cerebro, pero el ritmo cardíaco se me dispara. Estoy completamente asustado. La bella geografía atemporal africana ya no tiene valor para mí, como si se tratara de algún paisaje urbano cualquiera.

¿Un lugar de otro tiempo?

El pensamiento llega traído por las olas del mar embravecido que es mi consciencia. Tengo la certeza intuitiva de que me hallo en África. Pero, ¿estoy en condiciones de afirmar que transcurre el siglo XXI? O, incluso, ¿que hoy es 13 de junio del año 2020? Ese nuevo interrogante agranda la grieta de la incertidumbre.

Vuelvo, con un fuerte impulso teñido de desesperación, a la teoría del sueño: la situación es tan real como los ojos fieros de un leopardo a centímetros de distancia, pero la única posibilidad es que se trate, efectivamente, de un sueño loco, de un delirio salvaje. Debo aferrarme a esa posibilidad para, así, volverla probabilidad y, por último, irrefutable realidad.

Busco refugio en un sector socavado del lecho; me acurruco junto a una roca como un cachorrito miserable que ha sido abandonado, cierro fuerte los ojos hasta que me duelen, respiro profundo y le ruego al dios cristiano —aquel en el que creo de a ratos— que me devuelva a mi realidad de padre de familia, a la existencia mundana y sus momentos ordinarios.

El sueño tarda en llegar, porque el viento aúlla como los lobos delante de la luna y se mezcla con las imágenes más cruelmente bellas de Mateo, Clari e Ine. Al final, me tapa con su manta de lana y me duermo profundo —sin imágenes, anhelos ni sufrimientos, tan solo la nada indescriptible, carente de forma.



Enemigo invisible

Al despertar, el primer momento de consciencia llega con la certeza de que aún sigo acá, acurrucado patéticamente junto a la roca. Presuntamente en África, aunque no lo puedo saber con la certeza absoluta del polvo que viaja por el desierto. Pero, si efectivamente estoy en África, en este momento tengo sentimientos ambiguos hacia el continente por haberme arrebatado lo más preciado: ciertas personas y situaciones, lo simple de una risa en un momento de distensión.

Paso un buen rato despierto con los ojos entrecerrados, sin querer abrirlos del todo. Intento engañar a la realidad tal como ella me está engañando a mí; busco inyectarle unas gotas del alucinógeno que me posee. Me niego a aceptar lo imposible, pero la negación no tiene sustento; es una especie de venganza inofensiva.



Caminante no hay camino

De pronto, en medio de ese gobierno del miedo en sus distintas formas, me invaden unas ganas locas de caminar y caminar; pero no para descubrir y asombrarme, sino para confirmar que, al menos, me encuentro en el tiempo cronológico correcto. Esa confirmación me permitiría salir disparado hacia el primer aeropuerto y, así, sucesivamente, hasta llegar, por fin, a casa.

Me pongo en marcha con ímpetu juvenil, con la determinación del aventurero que se adentra en la mina abandonada en busca de

algún diamante que los mineros de antaño hubieran olvidado. Es temprano, un hecho que no aprecio al despertar debido a la pesadilla que juega con los cables de mi cerebro. Pero ahora sí me doy cuenta de lo importante que es el hecho de que el sol aún esté bajo: significa que tengo mucho tiempo para caminar y, por lo tanto, para aumentar las probabilidades de dar con el primer indicio de civilización. Una colilla de cigarrillo, una tapita de gaseosa oxidada, o un bollo de papel higiénico entre los arbustos: cualquier elemento que evidencie que la realidad está en vías de recuperación.

El sol de la mañana pinta el bosque con tonos amables, lo cual colabora con mi percepción, ya que la vuelve menos dramática. Aunque todavía estoy lejos de librarme del estupor, ahora puedo apreciar la naturaleza, y eso me ayuda a desacelerar las revoluciones y a desinflar los fantasmas. Extraño a mi familia, claro, pero las emociones ya no me impiden observar el entorno, o sentir el aire fresco al respirar –el aire de una tierra misteriosa que sé que es África.

Caminar sobre el lecho seco es una suerte, porque me ahorra el problema de tener que decidir qué dirección tomar, lo cual volvería a acelerar el gotero de la ansiedad y la incertidumbre. Avanzar por la ancha calle del lecho me permite analizar la situación en la que me encuentro con una actitud algo menos negativa. ¿La razón? De existir un pueblo en las cercanías, sin duda estaría construido a orillas del antiguo río.

Voy razonablemente tranquilo hasta que me explota en la mente la imagen de Mateíto preguntándole a la mamá en dónde está su papi. ¿Por qué su papá ha desaparecido? ¿Qué puede ser más importante que desayunar con él, Clari y mami? Imaginar la angustia de mi hijo es un martillazo a la canilla de la emoción: sale disparado un chorro de angustia. Logro contener el llanto a duras penas. Me detengo, respiro hondo y sigo andando, aunque ahora con el paso acelerado de un padre determinado a volver a abrazar a su hijito, hablar de dinosaurios y jugar con espadas.

El terreno desciende levemente, lo que significa que, de existir el río, estoy yendo a favor de la corriente. ¿Cuánto faltará para el próximo pueblo? Me ilusiono con la idea de que, tal vez, me

encuentro a no más de una hora de alguna cabaña decente. Es un lindo pensamiento, y lo elaboro un poco más: el interior es acogedor, con la chimenea encendida y una rusticidad amable. Y está habitada…

La necesidad de entrar en contacto con la civilización se vuelve apremiante.



Estate atento, levantá la cabeza y mirá para adelante

Minutos después, la pregunta "¿en dónde carajo estoy?" vuelve a tomar velocidad; mientras más intento suprimirla, más se agiganta, como un monstruo no requerido a las tres de la mañana. Empiezo a respirar a consciencia para desbaratar el incipiente tejido mental, pero no logro erradicar del todo el interrogante. Sin embargo, se atenúa, y los pasos vuelven a alargarse. Estoy otra vez

fuera de mi mente, alerta a cualquier indicio de "algo" que no sea bosque, tierra o cielo.

"Estate atento, levantá la cabeza y mirá para adelante".

Ese había sido el consejo lanzado a modo de cierre de sesión por parte de una consultora espiritual a la que fui a ver una o dos veces durante mi temprana juventud, para que me orientara respecto a mi futuro profesional —aunque, más que orientarme, aquel consejo envió mi cabeza directamente al interior de una licuadora. Pero ahora, envuelto en esta situación por demás problemática, desempolvo el consejo y lo izo como bandera insignia.

"Estate atento, levantá la cabeza y mirá para adelante".

Eso es lo que voy a hacer.

Llevo puestas las zapatillas de todos los días, un jean tan gastado como cómodo, y una de mis camisas favoritas. Estoy vestido como si estuviéramos por salir a dar un paseo en bici después del desayuno. Pero mi familia no está conmigo, y tampoco el desayuno: el hambre empieza a hacer lío en la panza. Concientizar la falta de alimento no hace más que envalentonar al hambre, que a su vez alimenta la mente, volviendo más difícil la práctica de la presencia.

Vuelven los pensamientos negativos y pierdo de vista la sugerencia de la intrépida consultora espiritual.

Me digo, por ejemplo, que probablemente me tope con un depredador antes que con una persona; que ese depredador, seguramente un león, me matará en el acto al hundirme las cuchillas de dientes afilados en la garganta, pero que también existe la posibilidad de que me devore vivo. Y eso de comer vivo a las presas, sé de memoria que también lo hacen las hienas. Se me eriza la piel; sin duda prefiero ser la cena de un león antes que de cinco hienas. Las hienas jugarían cruelmente conmigo antes de matarme; me desmembrarían el cuerpo con el corazón todavía latiendo...

Las palpitaciones se me disparan.

—¡Basta!

Me obligo, una vez más, a respirar hondo, pero no es fácil eso de calmarse cuando no hay manera de entender lo que está pasando. Empiezo a transpirar.

¿Dónde estoy? ¡¿Dónde mieeeerda estoy?!

No es que no sepa dónde me encuentro al estilo del senderista que no logra volver sobre sus pasos; al margen de saber que estoy en África, no sé en qué país, época, por qué ni cómo.

Otra vez respirar, otra vez echarle combustible a los sentidos, apelando al bendito *mindfulness* que desde hace tanto tiempo practico pero que, sin embargo, me resulta tan difícil sostener. Entre tanta basura, se me filtra un pensamiento interesante: puedo transformar esta insólita circunstancia que me tiene como protagonista en una gran oportunidad para comenzar a domar, de una vez y para siempre, al león que habita en mí; un león esencialmente salvaje, pero muchas veces temeroso, que suele naufragar en un mar tempestuoso de pensamientos —barcos piratas que aparecen de la nada y causan estragos con sus balas de cañón.

Es una oportunidad para redimirme y convertir el sufrimiento en paz. Sé que la presión ejercida por el sufrimiento puede romper el pensamiento o crear espacios para que se filtre la paz. Eso mismo le ha sucedido a Eckhart Tolle, el gran maestro espiritual de estos tiempos, y a tantos otros a lo largo de la historia. La desidentificación con la mente es posible, pero me sigo ahogando en imágenes truculentas que la quietud ocasional del pensamiento no logra desterrar.

El sol asciende con una rapidez asombrosa —es, evidentemente, mi percepción distorsionada—, y me doy cuenta de que mi problema de GPS puede ser eclipsado por otro mucho más grave e inmediato: la sed. El agua, su contrapunto, todavía no ha hecho su aparición estelar, y esa privación empezará a perjudicarme en breve.

El sol me está castigando, así que salgo del terreno abierto y me pongo al resguardo bajo el dosel del bosque; las copas de los árboles amortiguarán la luz y el calor hasta que encuentre agua. Me desplazo entre la vegetación "al estilo de los ladrones de Robin Hood", y sonrío por primera vez desde el inicio de la desventura. Un pequeño triunfo entre tantos fantasmas merodeando en la cabeza.

La naturaleza es más fácil de contemplar sin el aguijoneo constante del sol. Por momentos, cuando los sentidos funcionan a pleno y logro desacelerar la mente, el anhelo por la familia no lastima tanto. El presente anestesia el dolor.



La Revelación

Durante mucho tiempo tuve la fantasía recurrente de vivir en la naturaleza en la piel de un guía turístico, o de un conservacionista. Pero, ¿por qué derivar mi identidad de algo ilusorio, que en realidad no existe? ¿Cuál es el motivo por el cual suelo buscar afuera, mirando de reojo lo que efectivamente tengo? Durante buena parte de la vida, esa ha sido la raíz de mis problemas.

Ahora, estando inmerso en la vegetación africana, el anhelo de lo que no tengo queda otra vez expuesto frente a la realidad. La

verdad reverbera en la consciencia, como la voz de un dios que observa desde lo alto con un gesto entre tierno y severo, con una barba más blanca que negra, y el pelo, revuelto, un poco más negro que blanco; un dios endemoniado, un dios de la verdad, que me recuerda que la felicidad está en lo simple, en lo concreto de la realidad mundana, y no en el futuro distante.

¿Contento y a gusto conmigo mismo? ¿Satisfecho con todo lo que tengo? ¿Cómo puede ser posible?

"Hay mucho más allá afuera que yo debo poseer, hacer, experimentar", es el pensamiento que suele repetirse en peligrosas ondas hipnóticas.

Sin embargo, mientras camino por el bosque africano, comprendo que, a pesar de que lo aprecio, no lo necesito; no es necesario para mi felicidad. El paraíso abunda en recursos, pero descubro que me sacia lo simple de mi vida; beber una rica sopa, ya sea en compañía o estando solo, puede ser mucho más gratificante que abalanzarse sobre un banquete vikingo. Pero mi familia está al otro lado de mi extravío. Vaya pesadilla confusa en la que me encuentro inmerso: haberme levantado en la tierra dura africana en vez de en mi casa junto a mi familia.

Por supuesto que, de haberme encontrado en África en otras circunstancias —tal vez durante unas vacaciones en el marco de un safari, o tierra adentro, luego de haber planeado el viaje con anticipación— estaríamos hablando de un combo de emociones totalmente diferente. Pero durante estos momentos, mientras navego por el bosque con mi sistema de posición satelital mortalmente herido, el factor *grave desfasaje geográfico* me juega en contra de una manera terrible. Dormirme en casa y despertar en medio del *bush* africano… ¡No es posible! O sí lo es: ¡me está ocurriendo a mí!

Al hambre y la sed se les suman las ganas de cagar, lo cual puedo hacer de inmediato, ya que no hay necesidad de esconderse. Al poco tiempo de retomar la caminata, me doy cuenta de que perdí de vista el claro por donde antes discurría el río. El corazón me da un respingo; la idea es avanzar por el bosque, pero sin desviarme del cauce, y así aumentar las probabilidades de toparme con algún

indicio de civilización. Al menos, ese es el plan, y no tengo ni siquiera esbozado un Plan B.

Activé el piloto automático, y ahora estoy perdido —más perdido que antes, si se me permite semejante exceso.

"Dios, sacame de acá".

Me apoyo contra un tronco; las rodillas se van flexionando poco a poco como las de quien recibe una muy mala noticia. Empiezo a transpirar, y el corazón se vuelve un caballo salvaje. Estoy al borde de un ataque de pánico. Nunca antes experimenté uno, pero comprendo intuitivamente que se trata de eso. Se me cruzan algunas imágenes: mi primer día de clases, una charla amena con mis papás, la sonrisa dulce de Clari, Mateo jugando con sus superhéroes, el concierto de U2 con mis grandes amigos, la mirada tierna de mi mujer…

Imágenes simples, que se vuelven espectacularmente dramáticas.

Recuerdo, también, mi pasión marchitada.



¡Yago no tiene la culpa!

Durante mucho tiempo soñé con convertirme en escritor de tiempo completo. Pero mi primera y única novela, una historia de fantasía y aventura escrita con el alma, estuvo lejos de lograr el éxito comercial pretendido. Aposté buena parte de mi felicidad a lo que, en definitiva, es una gratificación psicológica para el ego, un cheque diferido a cobrar en algún punto incierto del futuro: el reconocimiento masivo, el dinero y los contratos asociados, los viajes. Me decía que sería uno de los mejores escritores de aventura

del mundo —irónicamente, de aventura africana. Ese era el disco rayado repitiéndose en mi cabeza, perjudicándome terriblemente, porque se trataba de una expectativa altísima; una receta para la catástrofe, una pastilla vencida que me arruinaba el júbilo simple y sano que me producía escribir.

El éxito es un espejismo, la calesita del hámster, y durante mucho tiempo me mantuvo rodando y rodando… hasta que finalmente desistí; me enojé y renuncié. Dejé ir, lleno de rencor, el sueño superficial del éxito, pero con el sueño también se fueron las ganas de escribir. Le solté la mano a mi pasión, que nada sabía de cuestiones comerciales. Cajoneé la alegría de escribir; me dije que el camino por sí mismo no era suficiente, que los dólares y los viajes que todavía no había realizado eran mucho más importantes. Le eché tierra a la fantasía, diciéndome que por sí sola no servía, y encima le clavé una cruz. La escritura creativa se volvió un aspecto terciario en mi vida. Terminé por clasificarla, gestionarla; dejé de zambullirme en sus aguas profundas para solo realizar vuelos rasantes.



National Geographic

—Quiero una nueva oportunidad —agonizo emocionalmente, medio derramado contra la acacia—. Una nueva oportunidad para vivir simple y valorar más lo que ya tengo.

En vez de siempre estar buscando lo que podría tener.

Pero entonces comprendo otra cosa: el patrón de la insatisfacción está operando ahora mismo, porque lo que no tengo —mi familia— me impide apreciar el momento, vivir a fondo la experiencia sensorial de estar sumergido en lo profundo de África, por más

inexplicable y tenebrosas que sean las circunstancias. África ya no es una abstracción mental socavándome la alegría; realmente me encuentro en el continente negro, cuya aventura y dinámica singular han sido catalizadores del nacimiento de mi querida novela.

Estoy solo, en un sitio al cual todavía no puedo ponerle nombre ni fecha, y estoy aterrado.

Pero hubo una época —que no fue precisamente corta— durante la cual el sueño del África salvaje, la fantasía de ser un explorador moderno financiado por *National Geographic*, me resonó en la cabeza como los tambores en el Coliseo. El juego perverso de la vida me ha depositado en África en circunstancias indeseables.

Sin embargo, acá estoy. ¡En África!

En la piel de un… aventurero desventurado.

"Pero los aventureros no tienen miedo, y vos estás a un pedo de cagarte encima", me reprendo, todavía derramado patéticamente contra el tronco del árbol.

—La querías, la tenés: África a tus pies, a tu alrededor, arriba y abajo —murmuro con una amargura sarcástica, y me limpio la humedad de la nariz con la manga de la camisa. Me pongo de pie antes de que la condescendencia me caiga a baldazos, y empiezo a respirar a consciencia. Poco a poco me voy calmando, y el miedo cede, hasta que aparece algo de la intrepidez que en algún momento me caracterizó.

Por primera vez desde mi despertar en esta tierra, puedo percibirla con los ojos del yo intrépido y entusiasta, en la piel del Santiago que ve la vida como una canasta repleta de oportunidades; desde la mente fresca del adolescente soñador, no desde la del adulto preocupado por vencimientos de tarjetas de crédito. Me pongo a caminar con nuevo ímpetu, ya no tanto buscando una salida, sino descubriendo a cada paso lo que haya por descubrir: una flor meciéndose con la brisa, el manto de suelo fértil, el aire fresco y puro.

Al mismo tiempo que descubro, voy dejando atrás mi piel vieja, tatuada de desesperación, y surge una nueva, pintada no solo con los colores de mis seres queridos, sino también con el contenido del Ahora.



3, 2, 1… ¡chau, mindfulness!

Durante un tiempo, la fórmula de la no resistencia al presente funciona bien, pero de a poco, el virus de la incertidumbre se filtra hasta volver a infectarme. Después de todo, teniendo en cuenta que la noche anterior dormí en mi casa de Argentina, todavía me encuentro en un lugar imposible —algún paraje inhóspito con aroma a África. Y África no queda precisamente a treinta minutos de colectivo de mi país. Consciencia y mente libran una batalla encarnizada.

Hambriento, sediento, cansado y asustado, me resulta inevitable volver a detenerme y sentarme.

Reflexiono otra vez sobre la posibilidad de que haya muerto mientras dormía. Es improbable, pero no imposible, que una persona sana de treinta y siete años muera repentinamente por la noche. Pero de pronto, la posibilidad me explota en la cara, convirtiéndose rápidamente en probabilidad, la carta marcada que nadie quiere que le toque —y la probabilidad se convierte en certeza en el tiempo que tarda un fósforo en encenderse.

El *mindfulness* termina de resquebrajarse y salta por la borda, dejándole espacio a la tormenta.

Me niego a lo imposible, lo cual hace que lo imposible se energice, se agigante, se vuelva un lobo feroz de luna llena. La intensidad del estupor va y viene, como la luz de una lamparita defectuosa. Las emociones son terreno fangoso.

Suena paradójico, pero es la sed, con su necesidad impostergable, la que al final le pone un freno a la mente, ese órgano maldito… en ese momento, eso es todo lo que es. Pero yo no me doy cuenta, todo lo contrario: la reverencio; todo lo que la mente dice es palabra santa.

La sed me pone otra vez de pie. Recojo mis pedazos, que se van cayendo como los libros de una estantería, y empiezo a andar adonde sea que mis piernas quieran ir o puedan llevarme. Zigzagueo penosamente por el bosque en busca de algún indicio de agua, sin importar si es cristalina o turbia, sin olor o con olor a podrido; absorbería cualquier cosa líquida como si se tratara de agua pura de manantial.

Camino como un zombi, con la mente pausada, paralizada, gracias a esa terrible necesidad fisiológica, cuyas consecuencias ya experimento en forma de calambres en distintas partes del cuerpo. El cansancio, primo hermano de la sed, me fue entornando los párpados, por lo que tropiezo con frecuencia con las raíces, las ramas y los troncos caídos.



FUENTE DE VIDA

Siento el aroma del agua mucho antes de encontrar el arroyo; es tal la necesidad de hidratarme que el olfato se me agudiza como el del elefante, que percibe el agua debajo de la tierra resquebrajada del Kalahari a kilómetros de distancia. El instinto sale en mi rescate como un recuerdo que de pronto se evoca con total nitidez. La certeza del agua es tan fuerte como la fue la de mi propia muerte. Su aroma, su esencia, proviene del Este, y pienso que, quizás, el sol me está indicando el camino de la salvación solo para reflotarme y

hundirme una vez más en sus tinieblas agobiantes. Pero, en este momento, eso me importa tanto como muy poco, y sigo el rastro del instinto ondeando la bandera de la esperanza.

Agua y persona se funden en un abrazo de reencuentro. No es más que un riacho de agua turbia, con una velocidad de desplazamiento casi nula, pero bebo con placer extremo. Sigo tomando hasta que me duele el vaso de tan hinchado que queda; después me echo panza arriba sobre el pasto y dejo que el sueño se me deslice.



¡Santa Cachimba!

Me despierta el siseo de una serpiente. El sonido me petrifica cuando todavía tengo los ojos cerrados; los mantengo así durante un momento que parece eterno, como si, de esa forma, pudiera hacerla desaparecer. Pero no solo no desaparece, sino que, un momento más tarde, la percibo más cerca. El corazón se me acelera y empiezo a transpirar. Abro los ojos muy despacio, temiendo que la serpiente esté a una respiración de distancia y vaya a darme el beso de la muerte al instante de hacer contacto visual.

Al principio, solo veo cielo y vegetación, pero la serpiente vuelve a sisear y agudizo los sentidos intentando identificar de dónde proviene el peligro. Me mira a los ojos con una quietud enigmática y truculenta desde la rama que sobrevuela por encima de mí.

Es la cabeza inconfundible de una cobra, con ese cuello que se infla y se arquea, dándole un aire de faraona. Sisea con su lengua bífida de reptil. Me cuesta mucho no entrar en pánico. Hay solo un metro de distancia entre nuestras cabezas; no hay espacio para el revoloteo mental de quien escribe, todo es Ahora y más Ahora. Aguardo, aterrorizado, a que la serpiente eyecte sus fauces abiertas en dirección a mi cara y me inyecte su veneno mortal; por un instante, juro que va a suceder. Pero entonces, la cobra continúa su movimiento ascendente a través de la rama, en dirección al follaje, y un minuto después la pierdo de vista.

Quedo echado en el pasto, mezclado con mi propio miedo, el cuerpo hecho gelatina.



Una realidad irreal

El problema con África consiste en que no es un trofeo que haya obtenido en buena ley luego de cierta lucha y sacrificio, tampoco estuvo el disfrute previo de la aventura; es una realidad irreal, una fantasía que se encarnó en la realidad sin pedir permiso. El surrealismo se transformó en realismo durante un momento de mi vida en el cual ya no anhelo lo surreal ni corro detrás de cometas inalcanzables; me encuentro en relativa —pero esmerada— paz conmigo mismo, atravieso un tiempo de gratitud hacia lo tangible y

lo real. He empezado a tomar mayores responsabilidades en casa, y estoy bien plantado en el trabajo.

Pero ahora… a empezar de nuevo. Ahora mismo, la gratitud, la paz y la simpleza se encuentran sepultadas debajo de una duna de aturdimiento.

Todo esto lo pienso ahora, pero no justo después del encuentro con la cobra, que me dejó en estado de shock. Me pongo de pie una vez que mi cuerpo se desmarca de la gelatina acechante. Miro alerta a mi alrededor; todo está tranquilo. El encuentro con la serpiente parece haber sido solo una anomalía, o una broma pesada de quien sea que haya montado este show en mi contra.

Me pongo nuevamente en marcha, todavía sin saber a dónde voy o de dónde provengo. El solo hecho de emerger del bosque constituiría un triunfo por sí mismo, por lo que intento poner la atención en los pies, caminando lo más recto posible para no terminar en el mismo sitio. Debo mantener la mente a raya, evitar que me apedree con sus preguntas, que siempre son difíciles de responder. Concentrarme en el movimiento alternado, casi mecánico, de las piernas, tomar consciencia de cada pisada, da resultados con rapidez. Claro que el agua y el descanso me vinieron muy bien; son factores que contribuyen a que no me sabotee.

Promediando la media hora, después de que el sol alcanza los tres cuartos de cancha, empiezo a caminar más deprisa, un ritmo sostenido de gigante amable que embiste las telarañas mentales. No sé dónde estoy ni por qué, pero me mantengo medianamente cuerdo gracias al ejercicio sostenido en pos del objetivo concreto y alcanzable de dejar atrás el bosque.

Solo después de haberme asentado en el nivel de flotación, por encima de un líquido denso y oscuro sospechosamente parecido al alquitrán, llego al límite del bosque.

¡Lo logro! Y festejo con una sonrisa genuina, ahora sí, de explorador que alcanza su meta.



¡Oh, bella sabana!

"Un pequeño paso para la humanidad, un gran paso para el hombre".

En realidad, para la humanidad significa absolutamente nada, o algo realmente insignificante: un rulo de energía dando piruetas en el universo. Y para mí, es tan solo un pequeño paso, porque todavía no hay ni siquiera rastros de gaviotas en el horizonte; pero me siento contento, a gusto conmigo mismo dentro de esta realidad no solicitada. Me propuse una pequeña meta y la alcancé.

Entonces se me ocurre algo: tal vez, la vida no sea más que eso: una serie de metas milimétricas e infinitas que, al cumplirse, generan gramos de satisfacción que, entre sumas y multiplicaciones, se convierten en Pura Vida, el pan nuestro de cada día. La clave —reflexiono mientras contemplo la, ¡oh, bella sabana!, que se despliega delante— consiste en disfrutar del pequeño camino entre meta y meta, ser el mono que va liviano de liana en liana.

La reflexión termina y me zambullo en el paisaje, todavía sin adentrarme en él.

Debo aprovechar el momento, independientemente de la forma en que se presenta. Respiro hondo unas cuantas veces, barriendo todo pensamiento, tanto desagradable como agradable, y la mente queda en punto muerto, anulada por el avance decidido de los sentidos. Pero después de un tiempo sin interferencias mentales, me digo que, en todo caso, lo que debo hacer es enfocarme en tener pensamientos agradables; más que agradables, debo intentar elegir mis pensamientos, y no que ellos me elijan a mí, como el lobo que tiene a las ovejas a su merced.

Sin dejar de contemplar la pradera ondulante de África, pienso que, una vez de regreso en casa, tendré muchas cosas para contarles a Mateíto y Clari, mis cachorros de león.

Comprendo entonces que debo recolectar buenas experiencias, y no momentos mentales de mierda.

Me quedo algunos minutos dándole vueltas al descubrimiento, que me parece muy singular. Los momentos mentales buenos están ligados a buenas experiencias, mientras que los momentos mentales de mierda, a malas experiencias. Sin embargo, me pregunto si, acaso, no es bueno tener pensamientos negativos de vez en cuando, ya que pueden funcionar como catalizadores del cambio —para mejorar o cambiar lo que sea que haya que cambiar.

Termino la reflexión y dejo atrás el bosque en dirección a la pradera.



El azul del cielo

Estuve en África dos veces: en 2009, en Sudáfrica, un viaje extraordinario junto con Ine; y durante 2015, en Kenia, solo con mi alma, buscando provocar al continente para que me golpee incluso un poco más. También he visto una innumerable cantidad de fotos y videos en internet, en el marco del trabajo de investigación de mi novela —cuyo título, por cierto, es *Las cuevas de Adelstan*.

Sin embargo, la razón de mi convicción de que estoy en el continente negro —el delirio más salvaje de Dios, en palabras de

otro novelista de aventuras argentino— no es el contraste entre las imágenes recordadas y lo que ahora vivencio, sino algo mucho más primario y primitivo: simplemente sé que me encuentro en África. Lo sé con la certeza del cazador bosquimano siguiendo las huellas de la presa.

Camino arrobado durante algunos minutos, admirándolo todo con alma de poeta, haciéndole caso a los sentidos cada vez que desean detenerse y ver. Es una pradera con ondulaciones de mar meciéndose luego de la tormenta, y las acacias espinosas y demás especies de árboles son ahora elementos decorativos dentro de una arquitectura minimalista en la que priman los arbustos y pastizales. Es un paisaje bello, fácil de admirar, y la brisa vagabundeando sobre el terreno apuntala esa belleza.

Es, también, un paisaje… no tan distinto del que se puede apreciar en los campos de Buenos Aires. Se me vienen una serie de imágenes en rápida sucesión del que fuera el campo familiar, en San Andrés de Giles. Esa tierra, que sirvió de incubadora de recuerdos durante no sé cuántos años, no es precisamente agua y aceite con el paisaje que se despliega a mi alrededor. Menos ondulante, es cierto, pero también hay zonas de lomadas en ciertas regiones de Buenos Aires, algunas no muy lejos de donde vivo, como por ejemplo en la localidad de Cardales, cerca de Campana. Esa tierra está tapizada de praderas de aspecto salvaje, al mejor estilo africano —incluso, he tenido la oportunidad de sobrevolarlas en globo aerostático.

Comprendo entonces que la esencia de la tierra por la que camino es la misma que la de cualquier otra tierra; que el azul del cielo no es exclusivo de África, sino que tiene que ver con la pureza del aire, y que las nubes comparten la misma materia prima —el agua.

El cielo africano es muy similar al cielo americano, australiano, europeo o ruso. Claro que en Rusia hay tigres siberianos, y en África, leones; que a cincuenta kilómetros de casa no hay más que algún que otro zorro, una fauna imposible de comparar con la rica fauna africana, íntimamente vinculada con la aventura del hombre.

Pero todos los paisajes tienen en común el espíritu de la naturaleza, la danza de los árboles, el milagro de las flores. Reflexiono sobre esta nueva verdad mientras avanzo tranquilo, como bañado en sedante, por el campo africano —y la tranquilidad me la da la presencia, que surge al acallarse la mente.



¡Notas mentales!

La calma gana terreno, y empiezo a escanear los pensamientos, logrando filtrar o transformar los perturbadores o inservibles. Me encuentro en una tregua virtual conmigo mismo, lo cual es muy bueno, pero hay algo que ya no puedo seguir retrasando, y eso es el hambre. Debo comer algo; cualquier tipo de alimento me serviría de combustible para continuar caminando —en definitiva, viviendo. Pensar en el hambre no hace más que alimentarlo. Me doy cuenta de esto y analizo la mecánica de los pensamientos. Pensar de una

determinada manera no hace otra cosa que crear y atraer pensamientos semejantes, sin importar su naturaleza —buenos o malos. Tomo nota mental de la observación, la resalto con marcador verde, y luego dirijo al hambre en su conjunto hacia un rincón de la mente; no intento negarlo, porque eso también lo envalentonaría, simplemente lo conduzco a un costado de forma caballeresca y vuelvo a focalizar la atención en la sabana y en el aire que respiro.

Necesito no solo estar presente físicamente, sino más bien ser consciente de mi propia presencia, aproximarme al Buda que se arraiga en el bosque y se mimetiza con los árboles; regresar a la Fuente y volverme el aire que respiro. Sé, intuitivamente, que de esa manera el hambre no podrá vencerme. Sigo caminando con aire resuelto y la sospecha de que las capas que recubren mi esencia se van ablandando ante el poder de esta.

Me dirijo hacia la zona alta más próxima, una lomada suave que se levanta a unos trescientos metros de distancia hacia el Oeste. Todavía faltan algunas horas para que el sol se oculte, pero va descendiendo a mi encuentro. Una acacia se yergue solitaria a un costado del punto hacia el cual me encamino. La acacia africana, con su característica copa plana, ha estado muy presente en mi imaginación durante la escritura de *Las cuevas de Adelstan*. Ahora convivo con ellas, y es una gran sensación; la sonrisa interna me estira los labios.

Después se me presenta otra imagen: me encuentro meditando al pie de un árbol similar, frente a un atardecer que explota en naranjas y rojos. Pero entonces, la siguiente evocación positiva —en la que estoy con mi familia contemplando ese mismo atardecer bajo el mismo árbol— se convierte en evocación negativa gracias a la no solicitada nostalgia. Cómo son los sentimientos, pienso, mientras corro como puedo a mi familia de las arenas movedizas de la nostalgia.

Sigo caminando, un tanto golpeado por la inevitable verdad que apenas logro mantener a raya: la vida me ha escindido de mi familia con precisión quirúrgica, dejándolos a ellos en mi casa de Buenos Aires, en las puertas de un fin de semana prometedor, y colocándome a mí en una África desierta de personas y repleta de

incógnitas; en una tierra que maravilla por su belleza y misterio, pero que debo esforzarme por apreciar. Por eso es tan importante para mí el recurso de la presencia.



Jeeps descapotables

Sin embargo, a medida que me aproximo a la cima de la lomada, mi expectativa crece —lo cual, de alguna manera, también me ayuda. ¿Qué habrá más allá? Imagino una gran puerta blanca y resplandeciente en forma de arco, la entrada al Paraíso, pero sin esos ridículos ángeles desnudos flanqueándola. Y del otro lado de la puerta están mis personas preferidas: Mateo y Clarita, Ine, mis papás y hermanos, abuela, tíos y primos, y algunos buenos amigos.

Con la particularidad de que, en la fantasía, no me aguardan alrededor de la mesa del desayuno o disfrutando de un asado, sino que se encuentran ahí mismo, reunidos en la pradera africana, detrás del arco luminoso y delante de la pintura difuminada del atardecer, en torno a tres o cuatro jeeps descapotables, listos para recogerme e iniciar juntos una travesía de esas que no se olvidan.

Por supuesto que la escena es inviable, incluso ridícula en cierto sentido, así que no es una fantasía que me golpee con su carga emotiva; aunque, debo admitir, esbozo una sonrisa triste. Sigo caminando y la fantasía se evapora. Los sentidos toman de nuevo las riendas del carruaje, regresando al camino. Cuando llego a la cima y miro más allá, me encuentro con un paisaje sorprendente: un gran lago con una serie de chozas de aspecto aborigen desparramadas sobre la costa más cercana.



Aborígenes atemporales

¡Mi corazón da un salto! No estoy en las puertas de una suerte de Paraíso personalizado, pero sí me encuentro increíblemente más cerca que hace unos segundos de dar con una pista que me ayude a desentrañar el misterio que encierra la película sobrenatural que protagonizo. De pronto no estoy solo en el mundo, y experimento una gran sensación que tiene al alivio como ingrediente principal. Pero el instinto me agarra enseguida del brazo, instándome a que me agazape; quedo cuerpo a tierra una fracción de segundo más

tarde, y la historia dramática que tiene como eje la pérdida de mis afectos se me borra en ese instante. Tengo toda la atención puesta en la aldea junto al lago.

Alcanzo a ver la costa del otro lado, una línea difusa de vegetación a unos diez kilómetros de distancia. Da toda la sensación de que no se trata del mar, sino de, efectivamente, un lago. Las chozas implican vida, y la primera impresión es muy buena, justamente por ese motivo. Pero los segundos posteriores traen consigo precaución, una precaución que amenaza con convertirse en miedo. ¿Los aldeanos serán pacíficos o belicosos? ¿Habrán visto antes a un hombre blanco? Y la pregunta del millón, que en ese momento vuelve a aflorar repleta de espinas: ¿serán los aldeanos habitantes del mismo mundo moderno que yo conozco y habito, o pertenecerán a un pasado remoto y salvaje?

No… ¡no! Aún no me atrevo a considerar seriamente semejante locura. El desfasaje del espacio ya es demasiado abrumador como para sumarle un desfasaje insalvable: el del tiempo. Pero una nueva variable ha aparecido en la ecuación, y no pasará mucho tiempo hasta que la pista salte como tapa de olla de agua hirviendo.

Escudriño la aldea con los ojos entrecerrados y la mano derecha haciendo de visera. Se me viene la imagen del rey Shaka, líder del feroz pueblo zulú, que combate a los colonos blancos en el sur de África hasta las últimas consecuencias, y un escalofrío me recorre la espalda hasta la nuca. Pero el rey Shaka y sus guerreros han vivido hace cientos de años. Es irracional pensar que me encuentre ahora entre ellos, ¿cierto? Pero no puedo evitar recordarme que la razón ha perdido credibilidad. Quiero tirar el asunto a la papelera de reciclaje, pero no me resulta tan fácil como olvidarme de un día feo de invierno.

¡Ja, qué estupidez, el rey Shaka Zulú!, me obligo a decirme, y desecho la idea con una patada, dejándola en la esquina más alejada del cerebro.

Tomo aire y continúo el análisis furtivo de las chozas. Están bastante lejos, a unos doscientos metros de donde termina la pendiente de la colina en cuya cima ahora me encuentro. La ladera desciende en dirección a la costa del lago como una alfombra

desenrollada desprolijamente. Para mí, que me encuentro inmerso en una sopa de emociones en donde priman la expectativa, la precaución y el temor, los relieves en la alfombra representan escondites o trincheras que puedo utilizar para descender subrepticiamente hacia la aldea.

Me mantengo cuerpo a tierra durante otros diez minutos. Pero no se ven personas, y ni siquiera se advierte la presencia de animales en torno a las chozas. Barro la costa con la obsesión por los detalles propia del cartógrafo, y después lo vuelvo a hacer en sentido inverso; pero mi red de pescador retorna sin nada. Parece un pueblito fantasma; otro escalofrío me sobrevuela el cuerpo.

Escudriño la aldea y sus inmediaciones por última vez, pero no se ve a nadie. Nada más que casuchas, cada una con su correspondiente parafernalia de cosas a su alrededor; elementos cuyas formas no logro distinguir con nitidez a causa de la distancia, aunque sí imaginar: vajilla rudimentaria, sacos de cuero, algunas prendas de vestir colgadas entre los árboles, y no mucho más.

Cuando vuelvo a mirar hacia el lago, diviso en la orilla un sector de juncos que hasta ese entonces no había advertido; y entre los juncos, veo lo que parece ser… ¡una canoa!

¡Sí, señor!

Sazono la sopa de emociones con varias pizcas de entusiasmo. Observo detenidamente. En efecto, se trata de una canoa. No es una avioneta en buen estado capaz de sacarme de acá y depositarme en donde sea que haya un avión grande que me devuelva a casa; pero, al menos, se trata de un medio de transporte. Por más rústica que sea, la canoa me permitirá moverme de otra manera dentro de este hábitat misterioso.

Me dispongo a descender la ladera. Todo mi mundo se reduce a lograr llegar a la canoa. Es bueno tener metas y proyectos. En este momento, la pequeña canoa es tan valiosa para mí como lo ha sido alguna vez terminar aquella novela.



¡Higos!

La primera trinchera en el camino de descenso es una roca alargada, similar al lomo de una bestia emergiendo del agua. Está a cincuenta metros de la cima, donde aún me encuentro con el cuerpo pegado a la tierra, atento a cualquier movimiento que pueda captar en la aldea. Me aliento con la ayuda de un par de respiraciones profundas, me pongo de pie despacio hasta quedar agazapado, y avanzo rápido y con cautela hasta ponerme al resguardo de la roca.

Una vez que la respiración se normaliza, agudizo el oído. Nada. Echo un vistazo por encima de la roca: todo sigue tranquilo, tan tranquilo que intranquiliza. *Es una foto*, pienso, y me vuelvo para observar los árboles. Capto el movimiento de las hojas producto de la brisa, y el fantasma de que esto sea solo un paisaje se desvanece.

El próximo escondite en mi camino hacia la canoa está un poco más lejos, quizá a unos ochenta metros de distancia. Se trata de otro árbol característico de las sabanas africanas: una higuera frondosa de tronco ancho. Vuelvo a alimentar el amor propio, esta vez con un *¡dale!*, y avanzo agazapado, en línea recta hacia el siguiente destino.

Recupero el aliento de pie detrás del árbol, de espaldas a la costa, y me recuerdo que debería hacer más deporte si no quiero sufrir cada vez que corra. Después miro por encima de mi cabeza, de pronto temiendo toparme de vuelta con otra serpiente, pero solo veo higos, hojas y ramas.

¡Higos!, exclamo para mis adentros, al caer en la cuenta que se trata de un fruto comestible, pero me decepciono al agarrar uno: está duro como una piedra, inmaduro; imposible comerlo, y además no traigo un cuchillo conmigo. De todas formas, meto un par en los bolsillos.

Inspecciono nuevamente la aldea y sus inmediaciones con una rodilla en el suelo; siguen sin haber moros en la costa. Alcanzo una hondonada veinte pasos ladera abajo, y vuelvo a prestar atención a los alrededores. Es la última parada del trayecto hacia los juncos, donde me aguarda la canoa. La inercia me pone de pie casi de inmediato, pero me detengo a los pocos pasos: ¿cuál es el plan? Subirme a la canoa, ¿y entonces? ¿Hacia dónde me dirigiría? ¿Está la canoa en buenas condiciones o me hundirá a los cien metros, para terminar como ofrenda a los cocodrilos?

Y a propósito de cocodrilos, ¿no habrá alguno por ahí, escondido entre la vegetación de la costa, quizá aguardando a algún despistado como yo? ¿Pretendo acaso encontrarme en la orilla opuesta con los Tarzán y Jane modernos, esperándome con el motor de la camioneta encendido para llevarme hasta algún lugar medianamente civilizado?

Me pongo de nuevo al resguardo de la hondonada, y vuelvo a analizar las alternativas. Pero lo cierto es que las alternativas escasean tanto como las personas en esta aldea misteriosa; lo único disponible en el menú es lo que veo: chozas deshabitadas y un lago. Claro que hay otra opción: retroceder sobre mis pasos y continuar el vagabundeo errante hasta morir de hambre o toparme con un gran depredador —lo cual también implica muerte; muy probablemente, la mía.

¿Qué hacer, entonces? Entre la amenaza real de muerte y la posibilidad remota —pero posibilidad al fin— de salir del *status quo*, elijo la segunda opción. Me pongo nuevamente de pie, corroboro por última vez que me encuentro solo, y camino con decisión hacia la orilla. A cada paso va aflorando una nueva emoción: enojo. De pronto estoy decidido a salir de acá, y con la decisión se va el miedo, dejando espacio para que asome el enojo por seguir siendo parte de estas circunstancias tan absolutamente absurdas.

Llego al llano, ahora me encuentro a la misma distancia de los juncos que de la choza más cercana. Todo lo que quiero hacer es subirme a la canoa e irme lo más lejos posible. Bordearé la costa con la esperanza de encontrar personas que puedan ayudarme. Si mi destino es continuar en el medio de la nada, al menos que sea una nueva nada.

También está la cuestión, no menos importante, del remo: remar con los brazos no me resulta muy atractivo en estas aguas probablemente salvajes, pero trato de no pensar en la posibilidad de que la precaria embarcación no cuente con remos.

Sigo mi camino en dirección a los juncos, llegando enseguida a la playa; pero entonces, cuando ya me separan solo diez metros del flamante medio de transporte, siento un aroma tan exquisito que no puedo hacer otra cosa que detenerme.



Sentir hambre

El hambre se despierta de la siesta con un apetito voraz; la jaula ya no puede contener al demonio. Es un aroma espectacular a choclo hervido, cuya esencia embriagadora me colma las fosas nasales y me hace salivar.

Giro en dirección a la aldea sin pensarlo dos veces, porque el hambre me nubla el juicio. La necesidad apremiante de alimento desplaza al segundo puesto a la necesidad de largarme de acá. Me acerco cautelosamente a la choza más cercana y asomo despacio la

cabeza por la entrada, que no tiene puerta. En esos breves instantes, tengo tiempo de fabricarme algún fantasma con aspecto de cavernícola que me esté esperando dentro para dejarme fuera de juego con un garrote, pero la choza está deshabitada.

Ingreso. Está oscuro, pero el resplandor permite ver una cama de paja medio cubierta por una sábana marrón revuelta y andrajosa, y una banqueta en la esquina más alejada. La choza huele fuerte — aromas intensos que no son agradables, incluido un olor penetrante a transpiración humana. Pero lo más importante: no hay rastros de comida.

Al salir, vuelvo a sentir el aroma embriagador del choclo, pero en el espacio común más próximo no se ven ollas humeantes.

Martirizado por el hambre, ingreso en la choza de al lado como si fuera mi casa, sin tomar los recaudos necesarios. Afortunadamente también está vacía, pero tampoco encuentro nada para comer, y empiezo a preocuparme. Por primera vez en la vida, sé lo que es sentir hambre. Es un dolor nuevo en la panza, nada que haya experimentado antes. Morir de hambre… algo realmente terrible, comprendo.

Pero ese aroma a choclo hervido es real; lo conozco muy bien de las últimas vacaciones en Florianópolis, gracias a los vendedores ambulantes en la playa, y salgo de la choza determinado a encontrar los choclos.

Camino subrepticiamente a través de otras casuchas, con cuidado de no ser visto por algún centinela. Pienso que los aldeanos podrían haber dejado a alguien a cargo. Llego a otro espacio abierto dentro de la aldea.

¡Ahí están!

El vapor aún se escapa de la olla de barro, tapada a medias y colgada sobre las brasas mediante un palo tendido entre dos horquetas. Me agacho instintivamente: ¿cómo puede ser posible que no haya nadie cerca si la olla humea? Miro alrededor con preocupación, esperando ver a alguien acechándome; pero si existe tal acechador, quizá no quiere ser descubierto. Como sea, mi necesidad de comer es apremiante, por lo que me abalanzo sobre la olla sin mayor preámbulo.

Destapo la olla con una emoción particular. Ahí están los choclos, tres choclos grandes sin pelar, inmersos en agua caliente, puro alimento para mi mente y cuerpo. Los devoro ahí mismo, sentado en el piso de tierra junto a la olla. El disfrute es total; jamás comeré algo tan rico en lo que me reste de vida, y eso que no tienen manteca, aceite ni sal.

Dice el dicho que cuando hay hambre, no hay pan duro —y yo lo estoy experimentando de primera mano.

Termino de comer y recupero la fuerza, pero también me invade el sueño; tengo unas ganas tremendas de dormir.

Me paro y camino mecánicamente hasta la choza más cercana. Me acuesto en la cama de paja maloliente y me tapo con un manto andrajoso como si se tratara de una frazada de lana comprada en una tienda top londinense.

Después… nada más.

Segunda Parte



Artimañas mentales

Oigo un sonido que la somnolencia me impide identificar; un murmullo sin forma definida mezclado con movimiento. Por los vapores del sueño, no me doy cuenta si el sonido es producido por el movimiento o si se trata de dos sonidos distintos: el del movimiento y otro más. Tampoco intento comprender: todavía estoy más dormido que despierto. Paso a estar más despierto que dormido cuando el movimiento se convierte en tacto; algo me empuja a la altura del abdomen, un algo que las neuronas, reunidas en un

cónclave desprovisto de café, aún no logran identificar. Pero la presión ejercida sobre mi panza es insistente, y puedo adivinar la forma de un pie; un pie pequeño que empuja como si quisiera estirar la pierna, que momentos después termina cruzada sobre mi panza y pecho.

El murmullo, ininteligible, también se repite, pero cuando el decodificador neuronal por fin enciende, el sonido cobra nitidez hasta que lo comprendo.

—Hola, Papi.

Oír la voz de mi hijito es como apreciar el cielo luminoso de la mañana luego de la tormenta.

Pero quedo paralizado; me digo que no puede ser el cielo, sino niebla enmascarada de luz, otro juego cruel de África, ese amigo que al final no lo es tanto.

¡No, ese no puede ser mi hijo! No puede serlo ya que, de no serlo, el corazón me estallaría en una infinidad de partículas. Peor que la muerte, es morir dos veces. Intento a toda costa regresar a las profundidades del sueño, donde no hay sufrimiento, pero cuanto más lo intento, más alerta me vuelvo.

—Olejita, Papi.

La mente es cruel, me recuerdo, ya despierto. Ahora me martiriza empleando artimañas bien jodidas; puntas de flecha con veneno de mamba: la ternura de mi hijo al pedirme besitos en la orejita, uno de los tantos grandes pequeños placeres de mi vida cotidiana.

Despierto, pero rehusándome a abrir los ojos, imagino a Mateo acostado a mi lado, pidiendo mimos con su vocecita ronca de recién despierto, señalando insistentemente, y con los ojos cerrados, el lóbulo de la oreja con el dedo índice. Es una imagen vívida, tan real como las emociones que me genera, pero el temor a que sea una ilusión me hace llorar; una veintena de lágrimas amargas son absorbidas por la almohada, que también apaga el llanto.

—Daaale, Papiii.

De pronto puedo sentir el aroma familiar de mi hijo de seis años, pero el mecanismo de defensa al mando me recuerda que son juegos mentales, nada que no pueda ser recreado con los

instrumentos neuronales adecuados, que los hay en abundancia —al menos dentro de mi cabeza.

Siento el roce de una manito sobre mi mejilla, un roce que bien podría ser una caricia. El llanto ahogado me obliga a respirar hondo, lo que a la vez me ayuda a dejar de pensar; por un momento quedo vacío de todo pensamiento, y receptivo a lo que puedan recoger los sentidos con sus redes.

En ese instante de alerta serena, recuerdo que la cama de paja de la choza no tenía almohada, pero sin embargo mis lágrimas son absorbidas por una tela suave que despide una fragancia agradable; una tela que se parece mucho a la de las sábanas y de los cubre almohadas.

La parte racional de mi mente comprende entonces que ya no me encuentro en la choza, ni tampoco recostado sobre el pastizal o la tierra, con los insectos zumbando alrededor y la brisa acariciando el cuerpo.

Quizá, me digo, estoy realmente acostado en mi propia cama, en compañía de mi hijo.

—Papi, por favor, solo cinco veces.

Abro los ojos muy despacio, con aprensión, temiendo encontrarme quizá con una imagen artificial de mi hijo, como un clon; a fin de cuentas, después de haber deambulado el día entero por tierra africana, todo es posible. Las lágrimas me nublan la visión, y todavía no abro los ojos del todo, pero hay efectivamente una figura humana tendida junto a mí; una figura humana familiar, me animo a admitir, y me restriego los ojos con las palmas de las manos. Ahí está Mateo, con los ojos entreabiertos y su cabeza pegada a la mía para que yo pueda acceder a su orejita sin demasiado esfuerzo.

Está remoloneando junto a su padre, que creía estar en África, pero evidentemente no, ya que se encuentra en su cama, junto a su hijo.

—Hoooola, Mate. —Lo abrazo y las lágrimas me vuelven a borbotones, bañándome la sonrisa, que tiembla.

—¿Por qué llorás, Papi? —Mateo, de pronto muy despierto, no

comprende las emociones que embargan a su padre; emociones que, por supuesto, el padre tampoco alcanza a procesar.

—Nada, mi amor, nada —logro decir—. Solo que estoy feliz de ser tu papá.

—Yo también te amo, papi —responde Mateo, y me abraza fuerte. Después de un silencio, vuelve a la carga: —¿Me hacés en la orejita?

Mi hijo jamás olvida.

Hago lo que me pide, y vuelve a cerrar los ojos; al cabo de un minuto, se ha vuelto a dormir en compañía de sus dos Peters, los muñecos de apego que son su compañía nocturna desde siempre. Mientras se adentra en las profundidades del sueño, estruja los Peters con movimientos lentos de sus dedos, como si estuviera amasando; los mismos movimientos estrujadores de cuando tenía seis meses de edad.

Yo lo contemplo en un silencio pleno y colmado de felicidad, como si no lo hubiera visto por mil años. Hago cierto movimiento para acomodarme, ya que estoy en el borde de la cama, y entonces el dolor me recorre el cuerpo.



Barro seco africano

¡Ay! Me duelen los músculos, huesos y articulaciones, y al gesticular siento la piel tirante. Además, tengo hambre, ¡pero no me detengo en esa necesidad ya que acabo de darme cuenta de la presencia de mi mujer al otro lado de la cama! ¡Estaba tan absorto en mi hijo que recién ahora me percato de que al lado suyo yace Ine! Está de espaldas a mí, cubierta casi por completo por el acolchado. Me estiro para verla; duerme plácidamente. Me reincorporo para observarla mejor. Todavía es joven, como yo; y

muy linda. Pero más linda es por dentro, me recuerdo, mientras admiro su belleza.

Estiro la mano para acariciarla, pero me detengo al darme cuenta que no quiero despertarla. Deseo que las cosas se mantengan así durante algunos minutos.

Necesito tiempo.

Tiempo para procesar.

Tiempo para entender.

Y tiempo, también, para seguir apreciando en silencio… y el silencio.

Me levanto de la cama con esfuerzo, cuidando de no alterar el sueño de Mateo. Es recién entonces cuando me doy cuenta que estoy vestido… ¡con la ropa africana! ¡Incluso tengo las zapatillas puestas! Hay barro seco africano sobre la sábana, pero no veo rastros de barro en el piso, entre la puerta del cuarto y la cama, lo cual es muy curioso…

El alto el fuego mental termina; el cerebro comienza a sobrecalentarse. Quedo de pie junto a la cama durante un minuto entero, batallando contra rivales invisibles. Después junto en la palma de la mano las partículas de barro más gruesas y voy hasta el baño con pasos de viejo. Dejo caer el barro en el inodoro y hago pis, que sale muy amarillo, luego me doy vuelta y enfrento mi propia imagen en el espejo.

La piel tirante es, por supuesto, el resultado de la larga exposición al sol; por más que he caminado muchas horas a través del bosque, los rayos se filtran, y además he andado también por el lecho seco y la pradera. Sobre el tostado bordó de la piel hay una fina capa de polvo que la transpiración adhirió.

—Qué locura.

Me lavo la cara con mucha agua, buscando no solo limpiar la piel sino también el espíritu. Desenmarañar el pelo va a requerir una ducha intensa, pero bañarme implicaría demasiado ruido y podría despertar a Ine y a Mateo.

—Necesito un café. —El tono del murmullo, formulado mientras vuelvo a mirar al extraño del espejo, expresa tanto las ganas como la toma de consciencia de que lo tengo al alcance de la mano.

Salgo del baño en dirección al cuarto —es una habitación en suite—, y continúo hacia la sala de estar. El cuarto de Clari está frente al nuestro, al otro lado de la sala; abro la puerta unos centímetros para poder verla. Ahí está mi hijita, una rosa blanca en plena primavera. La niña más dulce que existe, la preciosa Clapiruli.

Logro evadir la tentación de acercarme para contemplarla de cerca y darle un beso; Clari tiene el sueño liviano de un animal nocturno. Entorno la puerta hasta dejarla como estaba y quedo otra vez inmóvil y aturdido, al punto que tengo que apoyarme contra el marco para mantener el equilibrio.

Todo es tan real, me digo, pero la experiencia africana también lo fue. ¿O acaso se trató de un sueño? No, no puede ser un sueño: estoy sucio, con el cuerpo agotado, y visto la misma ropa. Me llevo las manos a los bolsillos distraídamente mientras los pensamientos se entrelazan, y, ¡oh!, doy con otra coartada, o mejor dicho, evidencia: ¡los higos! Siguen tan duros como ayer —¿ha sido realmente ayer?

Los higos son una prueba irrefutable de que he estado realmente en África, ¿no es así? Pero la mente termina de desbordarse con semejante pieza de información, y tengo que hacer un gran esfuerzo físico para no desmayarme.

Vamos por ese café, logro rescatar entre la balacera de pensamientos.

Bajo las escaleras como puedo, las articulaciones crujiendo como en un festival, en dirección a la cocina.



Apreciación y Atracción

Tomo un vaso con agua y después otro, luego saco de la heladera el *tupper* que contiene el café; el aroma me deleita apenas lo abro, lo percibo como una sensación física. Le echo a la jarra dos cucharadas soperas colmadas y voy al lavadero en busca de agua caliente del dispenser. El vapor que sale de la jarra me agudiza el deseo de tomar, lo cual me dispongo a hacer en la mesa de la cocina, que está junto al ventanal que da al jardín.

Me siento de cara al jardín, con la taza entre las manos, y colmo una vez más los pulmones de humo antes de beber.

La lluvia intensa de dos días atrás realzó los colores del jardín, que no es grande ni exuberante, pero sí muy lindo y personal, con dos palmeras que evocan calor y mar, y paredes de un tono bordó desgastado que le dan un toque pintoresco y le confieren una sana rusticidad.

Lo aprecio a consciencia, sabiendo que es mío. Por más que equivale a una fracción microbiana de la sabana africana, a tan solo una hierba de sus bosques repletos de vida, ese oasis de pasto y sol nos pertenece; a Ine y a mí; a Claru y a Mate. He trabajado duro para ganármelo; todo a mi alrededor es, en realidad, el fruto de mis búsquedas y esfuerzos, incluso la taza de café que me calienta las manos.

Todo tiene que ver con la atracción, tal como reflexionaba ayer, durante mi estadía en el continente más salvaje. Si uno se detiene a analizar el concepto de atracción, seguramente termine por aceptar que es un principio universal.

Sin embargo, algo se me escapa, y no es precisamente un detalle: ¿cómo es posible que haya atraído ese brutal desfasaje de espacio?

Pero no estoy peleándome con el interrogante, sino apreciando el jardín.

Mi jardín.

Los pasillos que comunican los distintos ambientes de mi casa y los trayectos invisibles que conectan la parrilla con la pileta o las palmeras no son tan fascinantes como los caminos africanos por los que viajan camionetas destartaladas.

Pero son mis caminos.

Mi cocina.

Mi cuarto.

Mi parcela de tierra.

Mi familia.

Ahhh, sí… ¡La Familia! ¡Cuán valiosa es! Esbozo una sonrisa y le doy otro sorbo al café, que me va calentando el cuerpo y despabilando las neuronas. La familia es lo más preciado que tengo;

son parte fundamental de mi vida. No son *mi* vida, pero sí el eslabón principal.

Luego están los sueños; también pueden ser motor de vida, pero encierran un problema no menor: basarse en lo que uno no tiene es un remedio vencido, significa permanecer en la rueda del hámster por tiempo indeterminado. Un sueño tiene el poder de transformar para bien la energía del soñador, el problema es cuando la vida misma depende de su realización; cuando uno va detrás del sueño con una determinación inflexible, el camino del soñador deja de ser placentero, ya no se detiene a oler las flores y no se maravilla con las pequeñas cosas.

El poco seductor aroma a choclo digerido mezclado con café —una nueva prueba de mi visita no programada a Las Tierras Misteriosas—, que huelo como consecuencia de un eructo que truena de mi garganta, interrumpe las reflexiones y le pone resortes a las piernas, que me llevan sin escalas hasta la alacena de las galletitas. El hambre ha levantado otra vez la mano.

Agarro el paquete que contiene más calorías —una mezcla mortal de manteca, azúcar, chocolate y muchos, muchos conservantes— y me sirvo lo que queda de café, que antes caliento en una olla. Devoro la mitad del paquete con la vista descansando en el jardín, y vuelvo a tomar la hebra de mis pensamientos.

La vida está conformada mayormente por un sinnúmero de eventos ordinarios, no extraordinarios; y quizá, el hecho de que sean ordinarios es lo que los hace realmente valiosos. La frase no es mía, pero en ese momento la recuerdo, y no puedo estar más de acuerdo.



El hacha de Thor

Uno de esos eventos ordinarios se desarrolla en la cocina inmediatamente después; de las manos y brazos del niño comienzan a rebalsar juguetes de todo tipo: superhéroes medio estropeados, un jeep con el eje delantero arreglado con cinta adhesiva, una rama con forma de bastón y el hacha de Thor.

—Hola, Papi, ya me desperté —anuncia, a medio camino entre la puerta y la mesa.

—Hooola, Chin, ¿cómo estás? —Le sonrío.

—Bien. —Deja en el piso los juguetes que han sobrevivido, y vuelve a buscar los caídos.

Mateo arranca curioso y receptivo, preguntándome qué hago, si está rico el café, cuántos años tienen las palmeras, si esa mañana voy a pasarle el limpiafondos a la pileta, y así. Mientras le preparo el Nesquik, se trepa a la mesada, abre la puerta de la alacena de las galletitas y manotea un paquete de Oreo, otro ejemplo de grasas saturadas *in extremum* que, por supuesto, tiene prohibido atacar a la hora del desayuno. Como dije, solemos desayunar tostadas, a veces alguna fruta, y muy rara vez galletitas —esa mañana, mi caso es distinto ya que acabo de regresar de un viaje agotador por África.

—No, Mateíto, eso no —le informo mientras le saco el paquete y lo devuelvo al fondo de la alacena.

A continuación, mi hijo da rienda suelta a un berrinche de Ligas Mayores; se retuerce en el suelo pateando juguetes, convirtiéndolos en proyectiles. Estoy a punto de reaccionar muy mal a su muy mala reacción, pero de alguna manera logro respirar hondo y separarme, como quien dice, del enojo creciente. ¡Entonces, puedo darme cuenta de que yo soy responsable de su enojo! Es decir, ¿cómo voy a pretender comer galletitas dulces en su cara sin que reclame parte del botín? ¡Qué falta grave de sentido común!

Enmiendo mi error convidándole algunas de las otras galletitas, y me pongo a tostar pan; Mateíto se calma al ver que su padre es una persona con corazón. Desayunamos juntos, intercalando momentos de charla y de silencio.

Se me forma una certeza: la remontada del berrinche de mi hijo también es un triunfo. Al triunfo del hogar y de valorar el presente se le agregan las victorias de las pequeñas batallas que se libran de manera cotidiana; en este caso, le gané a la furia que se había apoderado de Mateo, y que estuvo cerca de dominarme también a mí. Claro que el disfrute del momento presente alimenta la templanza necesaria para derrotar a la furia, que a su vez retroalimenta la apreciación del Ahora —furia que, sin embargo, a veces es necesaria.



Crema chantillí

No me engaño: África siempre será un lindo sueño por el cual valdrá la pena crear un buen plan; siempre existirán las ganas de volver, y trabajaré para que eso pase —por si a alguno le interesa saber, me gustaría que mi próximo destino africano sea Namibia.

Sin embargo, la alegría que se deriva del disfrute de la familia y la cotidianidad está por encima; es la crema chantillí con la que se decora una torta llamada África.

Disfrutar genuinamente de lo que se tiene —sin extravagancias ni exposiciones innecesarias o sobreactuaciones en redes sociales, por ejemplo— es tener a África en casa.



Golondrina provista de golosinas

Clari llega a la cocina en medio de esa última tanda de reflexiones.

—Papiiiiii.

Clari es alegre como golondrina provista de golosinas, y el saludo matinal del sábado suele ser un fiel reflejo de su espíritu —desde ya que también tiene sus arranques, como es lógico en la niñez.

Apura el paso a lo largo de la cocina con uno de sus vestidos de princesa a medio poner —creo que el de Tiana, de *La princesa y el*

sapo, por si alguien lo quiere anotar en su lista de cosas que no le van a cambiar la vida—, y el pelo abundante y enrulado flotando hacia los costados.

Frena frente a mí con su sonrisa radiante, me arrodillo y me abraza con sus brazos finitos y largos de bailarina.

—Hola, mi amor, te levantaste temprano.

Ine entra a la cocina con un saumerio previamente seleccionado de entre el montón que tenemos, para inaugurar el fin de semana con buena energía. Se acerca y me da un beso casual, como cualquier mujer que se levanta y le da un beso a su pareja después de haber dormido a su lado. Para el caso, ella sí es *cualquier* mujer… pero el evento africano hace que mi situación sea ligeramente distinta a la suya; yo no soy un hombre que acaba de despertar de un sueño loco, sino que lo he vivido.

Le pongo las manos suavemente alrededor de la cara cuando gira hacia la hornalla para encender el saumerio, y la miro a los ojos embargado por una sensación de alivio profundo.

—¡Te extrañé! —susurro, sin poder ocultar cierto drama en el tono, y sonrío; una sonrisa genuina, suave.

—¡Pero, be, si dormimos juntos! —Me devuelve una sonrisa incrédula, y yo le doy un beso en la frente y la abrazo antes de que la emoción se me transparente en el gesto.

—Sí, sí, ¡obvio! —me atajo al mismo tiempo que me recompongo rápido, y la miro de nuevo—, pero tuve sueños eternos, no muy agradables. Aunque no me acuerdo mucho —agrego, quizás demasiado deprisa, para evitar meterme en terrenos pantanosos.

En realidad, la calidad de mi actuación no importa, porque Ine ya se giró y está encendiendo la hornalla.

—Y sí, mi amor, a veces los sueños son una porquería —contesta, distraída, mientras prende la punta del saumerio.

De hecho, podría haber sido la peor imitación posible de alguien que intenta aparentar no haber hecho un viaje intercontinental nocturno —ida y vuelta en el mismo día, y sin utilizar aviones—, pero eso tampoco habría importado, ya que ella jamás estaría ni cerca de creer algo siquiera lejanamente parecido a lo que realmente me sucedió.



Una de esas personas excepcionales

Mi mujer es una de esas personas excepcionales que van por la vida sin darse cuenta que lo son —quizás, por eso son excepcionales. Su esencia es lo que me enamora, y me sigue enamorando; me gusta pensar, tal como escribí en la dedicatoria de *Las cuevas de Adelstan*, que mi esencia resonó con la suya la primera vez que nos vimos.

En eso, mientras Clari y su mamá toman su primer desayuno —y Mateo y yo, el segundo—, se me cruza uno de esos pensamientos

invasivos que, por ser desagradables, tanto cuesta erradicar: ¿y si a la mañana siguiente los vuelvo a perder? Si aparecí en África con un chasquido de mago, bien podría suceder otra vez, ¿no es verdad?

Me quedo rumiando un rato, intentando predecir un futuro favorable con argumentos convincentes que enseguida se vuelven polvo en el viento —un viento que también se lleva consigo todo intento de contemplación. Son quince minutos agotadores; intentar controlar el futuro siempre lo es, ya que, por supuesto, el futuro no se puede controlar.

Abrimos la puerta de la cocina que da al exterior, y los chicos salen a respirar el aire fresco de la mañana; aire sazonado con sol, que para ese entonces ya está a la altura del árbol del vecino del fondo. No sé a qué especie pertenece, pero como es verano, está frondoso —es decir, de la manera que más nos gusta. Yo también logro pararme y salir, y el aire fresco me ayuda a desarticular la obsesión.



Maestro Oogway

Me gustan mucho las películas de *Kung Fu Panda*, quizás hasta más que a mis hijos. Mientras los veo jugar, recuerdo una frase del maestro Oogway:

"El ayer es historia, el mañana es un misterio, pero el hoy es un obsequio; por eso se llama presente."

Claro que a mí me pasó algo realmente extraordinario, en el sentido más concreto de la palabra; experimenté un evento imposible, sin dudas de índole sobrenatural, pero aun así debo

aferrarme al presente, y confiar. No hay mucho más que pueda hacer.

El futuro todavía no está pintado en el lienzo, y para el momento en que lo esté, ya será presente. El futuro es un fantasma, un juego de espejos y pasillos. Uno puede lidiar con el presente, pero nunca con el futuro, que solamente existe en un sentido filosófico —es decir: no existe.

Va a empezar a hacer calor, así que subo al cuarto a ponerme un traje de baño, y agarro el libro que estoy leyendo por tercera vez en dos años: una novela espectacular de Nelson DeMille titulada *La Pantera*; un relato sobre terrorismo escrito en primera persona, lleno de humor irreverente y comentarios sarcásticos, es decir, no precisamente un libro zen, pero sí uno que te hace descostillarte de risa —y eso no me viene nada mal.

Bajo a la galería, donde Ine ya está instalada leyendo *Modo creativo*, un libro sobre emociones que la tiene muy atrapada. Los chicos juegan: Mateo martilla uno de los leños que sobró del invierno —las astillas vuelan en todas direcciones—, y Clarita hace figuras en el aire con una cinta de gimnasia rítmica que compramos durante nuestras últimas vacaciones en Florianópolis, de donde volvimos hace tan solo unos días.

El fantasma del futuro se fue, al menos por el momento, y ahora la vida es bella.



¡Papi, dejame ayudarte!

Me sumerjo en la cabeza de John Corey, el comediante en cuestión; tal como esperaba, la risa termina de desbaratar el nada agradable diálogo interno. ¡Podría leer una y otra vez sobre las aventuras del ex detective Corey y jamás cansarme!

Mis hijos, al ver que me puse el traje de baño, corren a sus cuartos para imitarme, y esperan con ansias a que el padre termine de leer. El calor no tarda en llegar, y un salto de cabeza a la pileta es el analgésico perfecto. Pero días atrás le eché decantador, por lo cual

el agua está cristalina y el fondo, muy sucio; tengo que limpiarlo antes de meterme, para evitar que la suciedad convierta a la pileta en un Nesquik medio aguado.

Prendo la bomba y me dispongo a pasar el limpiafondos ante la mirada atenta de Mate, que, al verme en acción, cesa las hostilidades contra el leño.

—Papi, yo sé, dejame ayudarte —me pide mientras pasa por encima de la puerta baja de seguridad de la reja de la pileta. No va a esperar mi respuesta para entrar al área, y claro que sabe cómo ayudarme: a Mateo le interesa todo tipo de actividad manual y al aire libre, a tal punto que compite conmigo a la hora de identificar las distintas herramientas de la casa.

Sin embargo, solo me ayuda durante uno o dos minutos, el tiempo que le lleva comprender que es mucho más divertido estoquear con su espada de plástico a bandidos invisibles, que pasar esa cosa por el fondo a velocidad de tortuga. A mí, en cambio, ponerme el traje de piletero me viene bien, por ser una actividad que hace buenas migas con el *mindfulness*.

—Pa, ¿ya terminaste? ¿Nos podemos meter? —no tardan en preguntar los chicos, a quienes les demanda un esfuerzo supremo respetar consignas que contengan la palabra "no".

Pero yo estoy bien así, pasando el limpiafondos a velocidad crucero. Necesito que el silencio se encargue de mí, al menos por un rato; que la inercia de la maquinaria del cerebro finalmente termine. El humor y la consciencia del momento presente son aliados contra la incertidumbre respecto del mañana y la falta de comprensión de lo que me sucedió.

Conforme el pensamiento se aquieta, mayor es el disfrute de ese momento en particular; la monotonía de pasar el limpiafondos se convierte en una actividad placentera. Los pensamientos se vuelven testigos, ya no protagonistas —la presencia lo es.

Pero, tal como a veces me pasa, la preocupación comienza a filtrarse en la tranquilidad como colorante en agua cristalina. A veces ocurre que, cuanto más en calma estoy, mayor es la violencia del pensamiento —un autoboicot—, que en esta oportunidad no es otro que el de hace un rato, con la diferencia de que ahora se me

presenta como una certeza: mañana voy a despertar otra vez lejos de mi familia, en algún lugar bien jodido.

Durante un minuto, que me parece eterno, la idea se ensaña conmigo, se me aferra como garrapata y me lastima. Se agranda en la mente como un monstruo dentro del cuarto. ¡Con qué facilidad un pensamiento distorsionado puede parecer real!

Durante ese lapso de tiempo, estoy completamente seguro de que el mundo me desechará otra vez, e incluso, que ya no podré volver. Se me tensiona todo el cuerpo, las manos empiezan a transpirar.

De a poco, con mucho esfuerzo, empiezo a apartarme otra vez de los pensamientos catastróficos, y a observarlos como lo que son: entidades autónomas que se ensañan conmigo cuando perciben debilidad —o, paradójicamente, demasiada rigidez. O incluso, también, calma, como ahora.

Llegaron durante un momento de quietud, y se quedan molestándome solo porque yo los alimento. Así funciona: el pensamiento tenebroso se vuelve obsesión al intentar reprimirlo o negarlo, en vez de simplemente observarlo como lo que es: un pensamiento; una forma elaborada a base de palabras e imágenes, que en realidad puede desmoronarse como un castillo de naipes si uno deja de alimentarlo con su miedo; si logramos desidentificarnos al comprender —pero sobre todo *experimentar*— que nuestra esencia no tiene nada que ver con los pensamientos que fabricamos —que, a la larga, son intercambiables.

La presencia se vuelve nuevamente faro en la oscuridad. Miro a mi alrededor, observándolo todo, sintiendo el aire en los pulmones y la energía sutil —ese hormigueo placentero— en las manos y los pies. Se me vienen de vuelta a la cabeza las palabras del maestro Oogway acerca de la importancia del presente y de la incertidumbre respecto del futuro; palabras que están alineadas con mi presencia.

Los pensamientos tenebrosos, al no encontrar sustento y verse amenazados por algo mucho más poderoso, terminan de romperse para luego desintegrarse.

Termino de pasar el limpiafondos.



¡Al agua!

—Mate, Clari, ¿vamos al agua? —Me saco la remera, la hago un bollo y la lanzo por encima de la reja. Falta para que la pileta quede completamente limpia, pero, ¿qué importa? Eso definitivamente no es importante.

—¡Sí, sí, siii! ¡Pileta, pileta, piletaaa! —celebran los chicos mientras se sacan las remeras e imitan al padre —la madre sigue enfrascada en su libro, subrayando algunos pasajes con lápiz.

—¿Saltamos de bomba? —propongo, muy consciente del cambio en mi humor a partir de la observación de los pensamientos. ¡Cuán fácil y difícil a la vez es observarlos! Parece una misión imposible, hasta que uno logra, ¡por fin!, inhalar esa primera bocanada de manera consciente. A partir de ahí, el desafío se vuelve más simple.

—¡Siiii! ¡Al agua de bomba! —responden felices, aunque insisten: —¡Vos primero, vos primero!

Una gota de transpiración me surca la frente; cae sobre la ceja izquierda, que ya está empapada. El sol de África me ha dado para que tenga, y ahora siento la cara como dentro de un horno. No me cuesta saltar; lo hago cerca de ellos mientras sonrío con picardía.

—¡Noooo, papá, me empapasteee! —exclama Clari, como si deseara que nos dispare algún vecino con alma de francotirador. Mateo también se queja, aunque con una tonalidad menos penetrante.

—¡Claapuu, perdón! —exclamo después de largar una buena carcajada, y ofrezco, a modo de disculpa reforzada: —¿Vamos a nadar?

—¡Mmm! ¡Bueno! —Clari no logra disimular la sonrisa de alegría que le genera el plan fantástico de su padre.

Me agacho para que se suba sobre mi espalda, y pasa los brazos alrededor de mi cuello.

—¡Dale, papi, dale, dale! ¡A nadar! —ordena, y el papi obedece como fiel montura que es. Nado dos piletas estilo rana, luego aviso: —¡Clari, este tiburón se va para abajo del agua! ¡Aguantá la respiración! —Y me sumerjo.

Tranquilos, no soy un psicópata: se trata de una maniobra que jinete y montura han practicado una veintena de veces. La diversión consiste en que ella se desprende del submarino cuando éste se encuentra a mitad de camino entre la superficie y el lecho marino. Mateo, por supuesto, no observa la escena con calma; al contrario, reclama insistentemente su turno para montar al corcel acuático. El corcel recibe el mensaje y cambia de jinete. Pero Mateo no se banca tanto estar debajo del agua como su hermana, así que enseguida propone cambiar de juego: que lo lance hacia arriba para luego

atraparlo justo antes de que se hunda. Jugamos así durante un buen rato, hasta que ambos levantan bandera blanca producto de la abundante ingesta de agua.

Abandonan el campo de batalla, dejando toda la pileta para mí. Es el momento de intensificar la gimnasia: nado de punta a punta, sin parar, durante unos veinte minutos, intercalando los estilos crol, rana y mariposa —esta última técnica la veo por primera vez practicada en el mar por Iaio, mi querido abuelo materno. Nado frenéticamente, buscando dejar atrás los resabios del día anterior, que, aunque ya no me acosan de cerca, sé que andan por ahí, merodeando como moscas.

Y da resultado: al terminar de nadar, me siento tranquilo y vital. Es un lindo momento de descarga y disfrute.



Reír y charlar

Al mediodía, decidimos hacer un asado.

Digo "decidimos", pero la iniciativa es de Ine, a la que me sumo con entusiasmo. Voy al supermercado Disco y me aprovisiono como corresponde hacerlo un sábado a la mañana en vísperas de asado.

El fuego prende, la carne chilla y humea, y todos comemos felices en la galería.

Los chicos juegan y ríen, nosotros reímos y charlamos.



El Alquimista

La observación de los recuerdos vividos en África los mantiene a raya; evita que dejen de ser meras sensaciones para convertirse otra vez en una complicada cadena de pensamientos. Sé que el poder de mi presencia es una herramienta muy útil para evitar que lo vivido ayer se vuelva dañino.

Pero, a medida que el día avanza, ese poder se vuelve menos efectivo contra el futuro. La incertidumbre respecto de dónde voy a despertar mañana erosiona la quietud. No tengo ganas de volver a

vivir algo semejante, quiero permanecer con mi familia. Tampoco quiero que les pase a ellos, porque estarían expuestos al peligro, ya sea con la forma de un tigre dientes de sable o con las de un leopardo de las nieves de nuestra Era. En casa estamos bien. Ya llegará un lindo viaje aventurero en familia, cuando los chicos sean quizá un poco más grandes. Una aventura planeada; días de sorpresas y actividades excitantes, pero con noches seguras al resguardo de un techo fabricado por el hombre —o de un cielo estrellado en una reserva natural con protección.

Pero no ahora; no todavía.

Se hace de noche. Bañamos a los chicos, les ponemos algo de tele, comemos algo práctico y fácil, y después los acostamos. Mi silencio interno se vuelve a poner sombrío. Ine vuelve a su libro, y yo regreso a la cabeza de John Corey, que en ese momento pinta mucho mejor que la mía. Pero esta vez, John falla en hacerme reír; Santiago lee sin leer. Me detengo, me reincorporo en la cama y respiro hondo.

—¿Estás bien?

—No muy bien, la verdad. Temo volver a despertarme en otro lugar.

Es un chiste, por supuesto que no le digo eso…

En cambio, respondo:

—Sí. Voy a la cocina a buscar un poco de chocolate Águila. ¿Querés algo?

—No, be, gracias, ya me lavé los dientes.

—Bueno. —Me pongo las crocs, y bajo. Todavía me duele el cuerpo como consecuencia de la caminata por la sabana africana. Es un dolor tan real, que me asusta. Además, al llegar a la cocina, me encuentro con los higos, que me observan con complicidad desde un rincón de la mesada —Ine no les prestó atención, por lo cual quien relata ha podido ahorrarse esa mentira. Me sirvo agua, agarro el chocolate, doy media vuelta y camino hacia el living.

Veo la biblioteca y me dirijo automáticamente a sus estantes; empiezo a buscar.

No sé bien qué es lo que busco, pero sé que *La Pantera* no es el analgésico más apropiado para la ocasión. Pongo la mente en blanco

por un momento, luego mis ojos vuelan hacia los libros de temáticas espirituales, acomodados todos juntos en el centro del estante del medio.

Enseguida distingo entre los demás la edición de tapa dura de *El Alquimista*, que salió al mercado en conmemoración de su veinteavo aniversario, y que ya leí unas cuatro o cinco veces. Es un libro de tapa color plateada y lomo ancho, y con solo verlo me siento un poquito mejor. Lo agarro y esbozo una sonrisa, la primera de las últimas dos horas.

Subo al cuarto y me acuesto en la cama con el trofeo entre las manos.



Visualización

"*Cuando quieres realmente una cosa, todo el universo conspira para que lo consigas."* Esa es la bandera insignia del libro

No creo que eso sea verdad. Claro que es una frase estupenda para decorar paredes de recién casados o de optimistas a prueba de balas, pero la fórmula muchas veces simplemente no funciona, o al menos no como uno espera. Sin embargo, ahora mismo, temeroso como estoy ante la posibilidad real de despertar en el reino de

Avatar o en algún otro lugar de difícil retorno, me aferro a esa idea como el cura al *Padre Nuestro*.

Lo que realmente quiero es no volver a vivir otro evento sobrenatural que me arranque de mi vida y de los míos. Empiezo a leer, por quinta o sexta vez, la historia de Santiago –sí, ¡Santiago!–, el joven pastor de Andalucía que un día decide dejar sus ovejas y viajar a Egipto para buscar un tesoro… ¡solo porque ha tenido dos veces el mismo sueño! Es una historia realmente inspiradora, ideal para reforzar la creencia de que la vida es bella y que, por lo tanto, debe vivirse con entusiasmo y sin miedo.

Entre nosotros: la vida es bella, por supuesto que sí, pero en ocasiones puede ser una mierda, y no hay que negarlo. Pero ahora, en este preludio de mi somnolencia, me parece que esto último no hace falta recordármelo, sino todo lo contrario: visualizo las imágenes más lindas del día, los momentos más divertidos con mis hijos y las charlas descontracturadas con Ine.

Dejo de leer y cierro los ojos para profundizar en esta especie de meditación. Respiro hondo, imaginando que me inunda una luz blanca reparadora, y le agarro la mano a mi mujer.



Nunca comí trufas

Hay jabalíes. Una familia numerosa. Los colmillos del macho alfa, el dominante, miden unos impresionantes quince centímetros de largo y se curvan grotescamente hacia atrás. Su pelaje es espeso, revuelto, y erizado sobre el cogote y la cabeza, por encima de los ojos negros y chiquitos de criatura truculenta. La cabeza, enorme y alargada, parece desproporcionada con respecto al cuerpo, como si fuera un personaje de algún inframundo mitológico.

De sus fosas nasales salen chorros de aire a cada resoplido que hacen volar las hojas. En torno a él se mueve el resto del grupo, cuyos integrantes son tan feos como el líder, aunque de menor tamaño.

Gruñen, se enfrentan y juegan. Los detecto a cincuenta metros de distancia mientras recorro el bosque en busca de trufas. Son claramente animales salvajes y yo estoy solo; me siento expuesto, merodeando en lo profundo del bosque con esas bestias impredecibles a diez respiros de distancia, sin armas ni compañía, así que corro a resguardarme detrás de una roca lo suficientemente grande como para cubrirme agazapado.

Me escondo detrás de la roca, pero no soy lo suficientemente sigiloso como para evitar llamar la atención.

Los gruñidos se escuchan cada vez más fuertes, y me retumban en los huesos. Lucho contra el impulso de salir corriendo. El aire agitado me trae el hedor repugnante de los jabalíes.

De pronto, la cadencia de los gruñidos cambia. Mientras algunos jabalíes parecen alejarse, percibo a otros cada vez más cerca. Me asomo apenas por encima de la roca y compruebo, conmocionado, que un par de bestias ha avanzado hacia mí. Están peligrosamente cerca.

Pienso en tirarles las trufas para distraerlos, pero me recuerdo que estoy solo y que mis mejores aliados son las piernas. No sé si me vieron, pero tengo que alejarme.

Empiezo a moverme agazapado, usando la roca como escudo visual, hacia un roble de ramas fuertes al que tal vez pueda trepar. Pero apenas avanzo unos metros, un chillido me pone los pelos de punta. Así como también, un cohete en el trasero. Salgo corriendo a toda velocidad. Detrás, los cascos de los jabalíes golpean la tierra, mezclados con gruñidos y chillidos salvajes.

Miro por sobre el hombro y veo al más grande de los animales acercarse como un tanque alemán fuera de control. Si llego a trastabillar, me atrapa. Me come, me mata, me todo.

Y eso es lo que ocurre: trastabillo antes de llegar al roble. El jabalí me embiste y empieza a pisotearme y mordisquearme. El dolor es

inconmensurable. Grito como nunca. El resto del grupo me cae encima.

La vida se me va. Grito mientras me bañan las lágrimas.

—¡Noooooooooooooo!

Uno de los jabalíes empieza a zamarrearme del hombro con una pezuña parecida a una mano y me observa con ojos casi humanos. El dolor y la sangre me impiden entender.

—¡Basta! ¡Por favor! —alcanzo a suplicar, increíblemente, ya que debo de tener los pulmones destrozados.

El jabalí intenta hablarme. Las palabras no llegan.

—¡Santi! ¡Mi amor! ¡Tranquilo, estás soñando! —me dice. Pero los jabalíes no hablan. Lo miro, extrañado. El dolor baja, como si el zamarreo fuera sedante para caballos. La sangre se evapora.

—¡Santi, despertate! —insiste el jabalí, que ahora tiene voz femenina. Es la voz de Ine.

Ine reemplaza al jabalí. Los demás desaparecen. El bosque explota en una lluvia de micropartículas de luz. Abro los ojos. Estoy en un cuarto muy parecido al mío.



En casa

—¡Gordi, tranquilo, estás soñando! —me repite Ine.

Me reincorporo en la cama, jadeando como un condenado. Comienzo a quitarme las telarañas de la pesadilla.

Entonces comprendo que estoy en casa. ¡No desperté en África!

—¡Ufff! ¡Bien! —exclamo aliviado, y la abrazo.

—Ay, mi amor, estás llorando. —Me acaricia y aprieta su mejilla contra la mía—. ¿Estás bien?

Estoy en casa. ¡En casa!

Le sonrío. Una sonrisa mojada, claro, porque mientras dormía estuve llorando como un chico perdido en el parque. Ese parque es África, hermosa y singular, sí, pero también un lugar que idealicé y puse en un pedestal. Como si la única perspectiva posible de la pradera africana fuera desde un globo aerostático.

El globo explotó, y ahora estoy en la tierra. Y quiero seguir viviendo acá, con lo que tengo, que es un montón.

—Sí, mi amor, no podría estar mejor. —Me seco las lágrimas y le doy un beso en los labios. Me encanta su aroma, incluso recién despierta.

Ella vuelve a cerrar los ojos. Todavía es muy temprano.

El sueño vuelve a llamarme. Intento resistirme, temeroso de volver a despertar en otro lugar. ¿Y si esto fue solo un golpe de suerte?

Pero me acuerdo a tiempo: no hay que luchar contra el pensamiento, hay que observarlo.

Y el pensamiento, como un perro obediente, vuelve a su cucha.

El sueño se desliza sobre mí.



Richard Branson

Me despierto definitivamente a eso de las 8 de la mañana. ¡Qué felicidad siento al ver que sigo en casa! Las neuronas se sientan a la mesa del desayuno, hacen café y tuestan pan, y comienzan rápidamente a tejer un pensamiento cuya esencia flota en el aire, sobre todo desde la mañana del sábado: no necesito viajar a África para vivir una aventura; la aventura, en realidad, está a la vuelta de la esquina, o en ese rincón misterioso del jardín. Hay aventura en una charla con un amigo, durante una noche de primavera con tu

mujer, en el juego sencillo con los hijos, e incluso –si uno se lo propone– en el día a día laboral.

Sí, ya sé lo que estás pensando: todo lo anterior puede ser aventura en un sentido amplio de la palabra. Incluso algunos dirán que una risa bien reída no tiene nada que ver con la aventura; yo diría que, en todo caso, depende de la óptica con que se mire.

Pero si hablamos de aventura en el sentido convencional de la palabra, como realizar actividades excitantes en un entorno natural, no hace falta volar a la luna con Richard Branson para obtenerla. Si uno vive en la ciudad o en los suburbios, como es mi caso, la aventura propiamente dicha quizá no esté a la vuelta de la esquina, pero sí a unos cuantos kilómetros de distancia.

En algunos casos, la montaña se ve desde el living de la casa; en otros, es necesario mirar con más atención –¡y más ganas!

Bajo a la cocina en busca de mi propio café y enciendo la notebook con el propósito de explorar. Es una mañana luminosa, y me siento con ganas de hacer. ¿Qué hay ahí afuera que esté al alcance, quizá no de la mano, pero sí de un par de billetes y de una cuota moderada de tiempo? Transcurren algunos minutos infructíferos, durante los cuales vago mediocremente por las típicas páginas web de noticias sensacionalistas y edulcoradas. Cierro la máquina, y la mente empieza a silenciarse. Miro hacia el jardín, y la calma aumenta.

"Santi, pensá. No es cuestión de inventar, sino de descubrir."

Hago un mapa mental de los alrededores de San Isidro, haciendo foco en los partidos que quedan al norte y al oeste. Apenas pienso en Campana y en Escobar, una avioneta pasa volando con un cartel publicitario con la leyenda Parque Nacional Ciervo de los Pantanos.

—¡Eso!

Abro de nuevo la notebook, busco en Google el teléfono del Parque y llamo. La persona que atiende me informa que abren en un rato, a las 10, y que cierran a las 5 de la tarde.

—¡Vamos! —festejo apenas corto la comunicación.

La Reserva Natural Otamendi, ubicada en el partido de Campana, estuvo cerrada al público durante medio año y reabrió hace dos

meses, pero ya no como reserva sino como parque nacional. Su nueva denominación es Parque Nacional Ciervo de los Pantanos.

La promesa de bosques y paisajes agrestes me hace ponerme de pie con el objetivo de aventurarme al cuarto matrimonial y persuadir a Ine, que probablemente sigue dormida, de pasar el domingo entre ciervos y pantanos.



Operación Alistamiento de Niños

No es una tarea tan sencilla como llamar al parque para averiguar horarios, porque en la cabeza de mi mujer hay pizzas a la parrilla justo ese mediodía. Al final, sin embargo, obtengo un *sí* genuino de su parte.

—Pero solo si salimos en un rato, porque a la vuelta la Panamericana va a estar cargada —es su condición, que me viene bárbaro ya que quiero exprimir el día al máximo.

—¡Claro, mi amor!

Ponemos el plan en marcha.

Ine, que me supera con creces en varias áreas, incluyendo Organización, Practicidad y Puntualidad, sugiere que yo me encargue del mate y la comida, y ella de alistar a los chicos.

De los dos, Mateo suele ser el más difícil de despertar, así que la lógica indica que sea Ine quien se encargue de levantarlo. Pero, considerando que el programa con aires de *boy scout* es una iniciativa mía, me siento en la obligación de entrar yo mismo en la cueva de la bestia. El niño se resiste durante largos minutos, hasta que pronuncio la frase mágica: "nos vamos al bosque".

Bajo por las escaleras mientras Ine continúa en soledad la Operación Alistamiento de Niños. Lleno el termo Stanley de dos litros con agua caliente del dispenser, preparo la yerba, el edulcorante y el mate, pongo algunos huevos a hervir y me consagro a la tarea de elegir las galletitas. Hay de todo, no es una elección fácil, por lo que resuelvo el asunto con una practicidad *Made in Santiago*: dos paquetes de cada marca, y listo el pollo. Después descongelo en el microondas unos pancitos que días atrás había comprado a granel, y lleno otro termo con agua fría.

Solo falta el fiambre, que luego compraremos en una estación de servicio cercana.

¡Voilá!

Salimos para el parque apenas pasadas las nueve y media de la mañana, lo cual significa un *timing* casi perfecto. Llenamos el tanque de nafta, reviso la presión de los neumáticos y compramos jamón y queso. Subimos a la autopista cinco minutos más tarde. El tráfico no es el de un lunes a las 8 AM en dirección a la capital, pero tampoco el del Camino del Desierto a las tres de la tarde. En otras palabras: se avanza tranquilo, ni rápido ni lento. Pero, para cuando llegamos a la bifurcación entre los ramales Pilar y Escobar, la circulación mejoró lo suficiente como para competir en una carrera con obstáculos; nuestro auto, un Volkswagen Bora con motor 2.0 litros, estaría feliz de participar de una carrera semejante, pero su dueño sigue avanzando por la autopista de manera prudente.

Más allá de algunas disputas territoriales en el asiento trasero entre los integrantes del dúo dinámico, el inicio de la excursión

transcurre sin problemas. Pero, de tan tranquilos que vamos, nos pasamos no una sino dos veces de la salida que debemos tomar, hasta que por fin damos con la calle que lleva al parque. Dejamos atrás un barrio humilde, así como también algunos lomos de burro criminales, que hacen relinchar a nuestro querido Bora, y llegamos a la entrada del Parque Nacional Ciervo de los Pantanos.



Surfeando como Laird

Atravesamos la tranquera, que se encuentra abierta, y continuamos como dueños de casa por el camino de tierra hasta llegar al estacionamiento, ubicado junto a las instalaciones del parque: las oficinas del guardaparque y el resto del personal, los baños y un pequeño salón con fotos, videos e información de la flora y fauna del lugar. Sé todo eso gracias a internet y a las imágenes satelitales de Google Earth –investigué desde mi iPhone mientras le hacía el saludo matinal al inodoro. También leí que el sendero que

serpentea por el bosque comienza del otro lado de las instalaciones y tiene una longitud de dos kilómetros.

—Técnicamente hablando, se podría decir que no estamos solos —observo, al notar la veintena de autos que llegaron antes que nosotros.

—Y no, Be, ¿qué esperabas? Estamos a cincuenta kilómetros de Buenos Aires —me recuerda Ine arqueando una ceja, una expresión inequívoca de incredulidad ante mi pregunta—. Y así estuviéramos a quinientos kilómetros, también habría gente. No sos el único que busca naturaleza, mi amor.

Estacionamos y empezamos a descargar el auto. Los bultos incluyen a los chicos, que se encuentran librando otro de sus duelos verbales, esta vez con el bonus track de alguna que otra patadita por parte de Mateo y gritos extremadamente agudos saliendo de la garganta de la hermana. Dejamos el material explosivo para el final, y nos enfocamos en el bolso de mano, los termos y el Fuyi –la jornada promete hordas de mosquitos alteracarácteres. Pasados unos minutos, logramos dejar atrás las inmediaciones del auto y nos dirigimos como buenos ciudadanos hacia el área de recreación, el único lugar del parque en el que está permitido comer, patear la pelota de fútbol y derribar pájaros a piedrazos –¡chiste, chiste!

Aunque hay un espacio abierto de unos mil metros cuadrados para hacer picnics, delimitado por una vegetación frondosa que provee sombra, las familias están apiñadas a un costado del estacionamiento. ¿Qué les pasa? Los visualizo merendando en alguna plaza de Palermo.

—Santi, cada uno con sus gustos —me amonesta mi faceta más sabia, y conduzco al grupo de excursionistas lo más lejos posible; desplegamos el mantel en una de las esquinas del claro, para tener sol y sombra.

"Igual que en África." Sonrío.

Al lector distraído –e incrédulo–, este pensamiento podría parecerle una estupidez. Pero en realidad estoy retomando las reflexiones que tuve la mañana del despertar en África, dos días atrás. África está en el cielo, en los árboles, en el pasto; la esencia de África es su naturaleza salvaje, pero toda naturaleza, ya sea que

se trate del Delta del Danubio, la selva congoleña o el Parque Nacional Ciervo de los Pantanos, comparte la misma esencia.

A mis treinta y siete años, empiezo a entender un poquito más eso de que todo está conectado con todo.

Nos sentamos en ronda y empezamos a desplegar sobre el mantel el bártulo de cosas necesarias para almorzar. Es una ronda en movimiento constante, ya que los chicos se mueven como protones de un sector a otro del micromundo que hemos conquistado; una África en miniatura, que se irá desplazando al compás de nuestros pasos a través del parque.

La consciencia del momento presente es una ola que va y viene, que a veces surfeo con estilo, pero que en otras ocasiones, aunque logro montarla, me arroja como una marioneta y me sepulta cerca de los corales. Sin embargo, durante la mayor parte de mi vida, el Aquí y Ahora ha merodeado por el horizonte lejano como un Nessy astuto y esquivo, el lomo de una ola en formación, o que no se termina de formar; pero, en el último tiempo, estoy surfeando con mucha más autoridad –se me viene a la mente la imagen de Laird Hamilton domando aquella ola bisagra en Teahupo'o.

Y durante esta mañana de sol campestre, siento que puedo seguir surfeando a lo grande, incluso como Laird. El nirvana parece estar al alcance de la mano, si es que ya no me encuentro dentro de él. Todo va diez puntos dentro de los límites de las tierras colonizadas, lo suficientemente lejos de la gente como para no escuchar el bullicio. Me parece que el silencio exterior no solo agudiza mi silencio interno, sino también el del resto de la familia.

A los quince minutos de llegar, una chica se aventura a la conquista de las lejanías del estacionamiento, arrastrando consigo a sus padres. Se sientan cerca nuestro, pero la armonía familiar se mantiene a fuerza de brisas, cielos y, no menos importante, sandwichitos de jamón y queso.



Ola bisagra

Mientras me armo el tercer o cuarto sándwich, se me ocurre pensar que mi *ola bisagra* fue el viaje sobrenatural al África indómita. Esa experiencia terminó de recalibrar mis valores, de poner en vereda las expectativas fantasiosas —mis delirios de grandeza, si se quiere— que gobernaban mis emociones.

—Be, ¿estás bien?

Ine me saca del enfrascamiento en el que caí luego de resbalar del momento presente.

—Sí, gordita, me quedé tildado.

Como bien dice Eckhart Tolle en *El poder del ahora*, "…toda la esencia del Zen consiste en caminar por el filo de la navaja del tiempo presente".

Pero ¡qué fácil es desbarrancar del sendero del Cielo! Uno tropieza y cae al río de palabras ante la más mínima distracción; ¡un río que puede convertirse muy rápidamente en un torrente!, un caudal incontrolable que te arrastra y te revuelve el cerebro hasta dejarlo patas para arriba.

Claro que hoy eso está lejos de suceder. Las reflexiones amables y los pensamientos positivos —siempre que no se vuelvan obsesivamente positivos, negadores o demasiado dependientes del futuro— son bienvenidos. También lo son los pensamientos negativos en su justa medida; esos pensamientos que derriban barreras y promueven el autoconocimiento y la honestidad con uno mismo, sin llegar a machacarte ni torturarte.

En fin, vuelvo a la narración de los hechos.



Política macroeconómica

Levantamos campamento —lo que incluye arrear a los chicos por la flamante parcela de terreno recientemente adquirida— y nos dirigimos hacia las instalaciones de Parques Nacionales. Damos un vistazo dentro del salón de flora y fauna autóctona, hacemos nuestras necesidades, y caminamos hacia la entrada del bosque.

Los melli inician una de sus discusiones de política macroeconómica ni bien nos adentramos por el sendero, como si se hubieran puesto de acuerdo para estropear el silencio, ¡justo cuando

el silencio cotiza en bolsa! Los llamados de atención de los padres no logran el efecto deseado; todo lo contrario: la dupla de infantes va aumentando gradualmente las hostilidades entre sí como dos acorazados enfrentados en altamar. El arma principal de Mateo es la repetición incansable del mismo argumento, sin importar su veracidad, mientras que los de Clari son el grito pelado y el reviraje virulento. Se puede decir que El Chin es un jugador de ataque, mientras que a Clarita María se le da muy bien el contragolpe, que la mitad de las veces termina en tiro ganador.

Mientras más los alentamos a observar el alrededor, a prestar atención al canto de los pájaros o a la forma particular de cierto arbusto, más se energizan en polos opuestos. Y la discusión interminable influye en nuestros humores; caigo de la cresta de una ola de seis metros y termino dándome la cabeza contra el lecho marino, que afortunadamente es de arena blanca. Salgo a flote, pero me descarrilo del presente, e Ine lo mismo. Sin embargo, no dejo que me arrastre la inercia, y me recupero rápido. Por suerte, la discusión termina, e Ine recupera su entusiasmo habitual. Yo creé la jornada a conciencia, y estas pequeñas peleas entre mis hijos no impiden que la esté disfrutando mucho. Clari y Mateo empiezan a observar con ojos curiosos el bosque en el que estamos inmersos.

—Como Dippy el dragón —dice Mate con una sonrisa. Percibo que disfruta del aire puro.

¿Cuándo respiraron por última vez mis hijos el aire puro y fresco de un bosque natural? Muchos meses atrás, en Quila-Quina… pero estos no son ni el momento ni el lugar adecuados para ahondar en las incontables aventuras vividas en *El Mejor Lugar Del Mundo* — pero me hago una nota mental para hacerlo en un futuro cercano.

Como les decía, los cuatro logramos conectar con el bosque; un bosque preservado y bien mantenido, habitado por una diversidad interesante de plantas y árboles. Continuamos el camino en silencio hasta llegar a un mirador: es el final del camino de ida.



John Rambo

La baranda de madera y el deck del mirador se parecen a los miradores de las cataratas del Iguazú. Al aproximarnos, nos damos cuenta que el sector turístico del parque, que abarca un área pequeña del bosque, está situado a cincuenta metros de altura sobre la vasta extensión de pantanos que le dan el nombre al parque; pantanos que limitan al este con el río Paraná.

Nos quedamos contemplando el humedal en silencio mientras tomamos agua fresca del tercer y último tanque de combustible

llevado a la expedición: una cantimplora negra que bien podría haber sido propiedad de Rambo y que, incluso estando expuesta al sol, mantiene la temperatura del agua por largas horas.

Nos sacamos una linda foto con los pantanos de fondo, algo así como la evidencia del Triunfo. Mientras contemplo el humedal desde el mirador, empiezo a evocar paisajes africanos. Imagino el delta del Okavango, un imán para aventureros y conservacionistas ubicado en el norte de Botsuana, país del África subsahariana. Un delta que, aparte de ser todo un espectáculo de vida salvaje, tiene la particularidad de desvanecerse en el desierto del Kalahari en vez de desembocar en el mar. El humedal que se despliega debajo del mirador no fue bendecido con el polvo mágico del misterioso encanto africano, pero tiene un aire… aparte de compartir la esencia.

Además, en este momento, esos pastizales medio inundados capaces de albergar ciervos, serpientes y otros animales exóticos no constituyen cualquier pantano…

Es *mi* pantano.

Un pantano del cual se me presentó una imagen mental difusa en la primera hora de la mañana, pero que ahora aprecio en todo su esplendor. Sin embargo, estaría faltando a la verdad si dijera que evoqué el paisaje con la intención consciente de materializarlo. Pero en estos instantes, mientras se desarrolla dentro de mí una dinámica sana entre la presencia y el pensamiento creativo y positivo, reafirmo la noción de que los pensamientos cumplen un papel fundamental en la creación de la realidad.

Mi familia.

Mi casa.

Mi café.

Mi expedición a los Pantanos Bonaerenses.



El tipo de Nike, y la abuelita

Muchas veces, como en esta experiencia, hacer resulta más importante que pensar.

Just do it.

El tipo de Nike tenía razón.

—Mini, ¿te puedo dar un consejo? —me preguntó una vez mi abuela entrañable, la persona más sabia y alegre que conocí en la vida, mientras me llevaba al colegio un mediodía, después de almorzar juntos. Iba en el asiento del acompañante, envuelto en un

silencio introspectivo, seguramente preocupado por algo de "extrema importancia".

—Sí, abuelita, claro —respondí, y la miré expectante.

Ella me observó con esos ojos luminosos que tenía, y me aconsejó en tono dulce, con una sonrisa:

—Mini, no pienses tanto. A veces es mejor no darles tanta vuelta a las cosas.

Al igual que el tipo de Nike, mi abuelita también tenía razón.



¡Tooodo dereeeecho!

Una hora más tarde, mientras nos preparamos para emprender el regreso, le sugiero a Ine:

—¿Y si vamos hasta el río?

Es un penal. Estoy preparado para un no, pero me siento confiado para meter el gol. Ine tiene todo el derecho a negarse; hay varias razones que podría esgrimir, y aceptaría cualquiera, porque el día ya está ganado.

A pesar de eso, su respuesta vuelve a ser entusiasta:

—¡Ah!, ¿se puede? Y bueno, ¡dale! Todavía tenemos el mate y las galletitas.

Uno de los empleados del parque nos da, de manera muy amable, unas instrucciones bastante imprecisas para llegar al río. Remata invariablemente cada explicación con un "sí, sí, *tooodo dereeeecho*".

Salimos del parque y giramos a la derecha rumbo al río Paraná. Tal como sospechamos, el camino no es "*tooodo dereeeecho*", sino que presenta curvas y contracurvas durante los primeros minutos. Pero, pasados esos kilómetros iniciales, la serpiente se endereza y continúa así hasta llegar al río.

Es un camino lindísimo, flanqueado por pastizales y con garzas volando a baja altura sobre las lagunas. Se trata de un camino de tierra con tramos lisos, pero también con pozos. El pantanal que se despliega a los costados me sigue llevando mentalmente a África, pero son pensamientos revitalizantes. Me siento feliz de estar explorando esa región poco turística con los míos, intercalando momentos de charla con intervalos de silencio.

—Paaapiii, quiero llegaaaar —reclama Mateíto, y Clari lo secunda.

Esos reclamos bien podrían haber sido presentados por los amortiguadores del Bora, que rechinan como renacuajos por culpa del polvo. Así como a las bestias salvajes africanas se las tranquiliza con carne, las galletitas dulces suelen ser eficaces para contener embates de niños. Pero como todavía falta mucho para llegar a casa, no podemos darnos el lujo de gastar todas las municiones. Quedaríamos como cowboys a merced de los indios. Hay que encontrar una solución alternativa.

Por suerte, no hace falta: avistamos el margen del río justo cuando la tormenta de gritos comienza a vislumbrarse en el horizonte.



Tiro al blanco

El margen del río no es precisamente la orilla desierta de algún afluente remoto del Amazonas. Por el contrario, y como es lógico, hay un estacionamiento. Y un puesto de venta de carnada para peces. Y alimentos para personas.

En el estacionamiento hay un buen surtido de vehículos, y sus ocupantes están desparramados a lo largo de la dársena: algunos pescan o toman mate, otros simplemente descansan la vista en el río. No es el paisaje agreste, libre de todo, que, en el fondo,

esperaba encontrar. Pero, qué diablos, ¡se trata de la costa del Paraná! La decoración humana y sus accesorios no le quitan valor.

—Papi, mirá cómo tiro la piedra al mar —avisa Clari, que en los cinco segundos que la perdimos de vista, se acercó a la dársena y ahora está a unos peligrosísimos cincuenta centímetros del borde.

No tenemos tiempo de nada. Clari lanza la piedra con un movimiento tan suelto como antinatural. Lo bueno: no termina en el agua —y en consecuencia, tampoco el padre—. Lo malo: el proyectil da en el cigarrillo de uno de los fulanos adolescentes echados en el pasto. El chico nos mira incrédulo, pero al menos no contraataca lanzándonos una botella de cerveza o algo por el estilo.

Me disculpo con él en nombre de Clari, quien, por supuesto, nunca registró a dónde fue a parar la piedra.

La agarro por debajo de la axila y la alejo del borde de la dársena —de una manera que podría haber sido más suave.

—¡Aiaaa, Papiiii, me dolió! —grita Clari, con su mirada radiante.

—Pero, chiquitita… —empiezo, en tono pedagógico—, es que casi le sacás la cabeza a ese chico.

Se lo señalo disimuladamente con la mirada, y no puedo evitar sonreír.

—¿La cabeezaa, casi le saco? —me indaga. Quiere saber si exagero. Tiene la sonrisa con el freno de mano. En el fondo, busca mi complicidad. Pero me mantengo estoico, en el rol de padre alerta y responsable.

—Sí, Clapiruli. Hay que tener cuidado con la gente…

Caminamos hacia donde están Ine y Mateo, quien también lanza piedras, pero en la dirección correcta.

—Y, mi amor, ¿te gusta? —abrazo a Ine por detrás.

—Sí, Be, me encanta. Es tranquilo —responde sonriente, por sobre el hombro. Nos rozamos con un beso.

Entonces, al levantar la vista, veo que una barcaza está a punto de salir hacia la otra orilla.

—¡Ey, chicos, miren!

Transporta un solo auto. Tiene los motores encendidos y se dispone a partir, pero corro a interceptarla y la alcanzo justo antes de que el marinero termine de desamarrar. Mateo, que siempre está

alerta y buscando entrar en acción —tiene un sexto sentido para las actividades emocionantes—, corre detrás de mí.

Le pregunto al hombre cada cuánto cruza la barcaza.

—Todos los días, cada una hora. Desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde —me informa.

—¡Genial! ¿Y el camino sigue del otro lado?

—Sí, se interna en el delta.

—¡Ah, mirá qué bueno! ¡Gracias! —doy media vuelta.

—¡Uuuyyy, Papiiii, ¿podemos subir? Daaale, pliiiiis, ¿podemos? —Mateo tironea insistentemente de mi remera.

—Hoy no podemos, Chin —respondo. Frunce el ceño—. Pero, ¿sabés qué?

—¿Quéeee...? —Cruza los brazos y me dispara una mezcla de fastidio y resignación; no confía en que lo que voy a decirle le guste.

—¡Vamos a volver, y con bicis! —le sonrío.

—¡Síiiiii! —exclama. La carita se le ilumina como la de un perrito cuando lo sacan a pasear.

Claro que volveremos, me digo, ahora que sé que el camino polvoriento serpentea en dirección al delta.

Con bicicletas.

Y, por qué no, también una carpa.



Ordinario y Extraordinario

El saldo de galletitas y el mate con stevia —sí, perdón, ni siquiera es edulcorante convencional— resultan esenciales durante el trayecto inicial del viaje de vuelta. Ciertas bestias instaladas en el asiento trasero devoran, en ráfagas intermitentes, los productos comestibles a base de harina y azúcar que los sujetos de adelante les suministramos.

La doma de niños en circunstancias particulares —como, por ejemplo, un viaje en auto relativamente largo— está estrechamente

vinculada con las Buenas Prácticas en el Suministro de Galletitas. Dicho en criollo contemporáneo: más vale que las administres bien, porque de lo contrario, te arriesgás a que te ahorquen desde atrás… o que se ahorquen entre ellos.

Estoy exagerando, claro. Pero, ¿o no que es una buena exageración?

Lo cierto es que mis hijos tienen seis años, y ya soy tan bueno administrando galletitas como un granjero experimentado administrando pasturas en invierno.

Conforme avanzamos por el camino de tierra, alejándonos del Paraná, los chicos se van adormeciendo por la sana exposición al viento y al sol, tan necesarios para revitalizar los sentidos y el espíritu.

Hubiera ocurrido lo mismo con nosotros —el conductor y su fiel copilota—, de no ser por el efecto despabilador del mate.

La infusión colabora enormemente para que el Bora no muerda la huella y termine bebiendo de la sanja.

Le agradezco esa lucidez al mate. No solo por habernos evitado un accidente sino también por su contribución a la charla con Ine, y conmigo mismo, una vez que los chicos se duermen.

El movimiento me ayuda a pensar. El paisaje va tomando nuevas formas, se desenrolla como una alfombra, y eso estimula el pensamiento.

Por ejemplo, cuando escribía *Las cuevas de Adelstan*, solía grabar extensas notas de voz mientras conducía o andaba en bicicleta, que luego transcribía, desgranaba y editaba a lo largo de largas horas frente a la pantalla, a veces con la ayuda de un café a medio batir.

Medito un buen rato sobre la responsabilidad mientras el sol se dedica a colorear el cielo con los tonos del atardecer.

Pero no me refiero tanto a la responsabilidad hacia los demás, sino hacia uno mismo.

Soy responsable de mi vida. Y cuando uno se vuelve responsable de su vida, adquiere poder sobre ella.

Hablo de la satisfacción que genera hacerse cargo del timón del barco, de tomar al toro por las astas.

Soy responsable de mi propia felicidad. Y esa felicidad no depende de cuestiones grandilocuentes, ni de viajes a la luna, ni de besos apasionados bajo cielos estrellados.
Sí, por supuesto, esos momentos son lindos y se valoran, pero la vida no debe depender de ellos.

Mientras mateo junto a Ine, soy plenamente consciente de que la verdadera felicidad es simplemente eso: un mate, un beso imperfecto, un viaje no planeado con la familia a algún lugar con árboles y brisas.

Las serpientes, en realidad, no son necesarias —aunque, claro, pueden ser excitantes.

Los mejores momentos son, en verdad, los momentos ordinarios.

Y eso ocurre por una razón: porque son los que realmente importan.

Sí, ya lo dije, pero el concepto me parece lo suficientemente importante como para repetirlo.

La felicidad aparece cuando los valores se recalculan, cuando se bajan las expectativas de las estrellas y se colocan en algún sitio un poquito más alcanzable.

Solo entonces, me digo, mientras el pis pide pista, se vuelve sensato trabajar por los sueños.

Sueños reales, posibles de alcanzar —lo cual no implica falta de sacrificio.

No todo el mundo puede ser extraordinario, dice un bloguero en su extraordinario primer libro, *El sutil arte de que casi todo te importe una mierda*.

Y es cierto.

Detengo el auto para desbeber en el último tramo del camino de tierra.

Termino de hacer pis y me quedo mirando el humedal.

Bajo el volumen mental a cero, y oigo con toda nitidez los sonidos sutiles del atardecer.

Ah… ¡qué placentero es escuchar el silencio sin interferencias!

Entonces, en medio de esa quietud sobrecogedora, me viene un pensamiento:

“Todos los momentos pueden ser extraordinarios; depende del grado de paz interior.”

Sonrío como un padre que reconoce a su hijo después de décadas sin verlo.

Y mantengo la sonrisa mientras camino de regreso al auto.

Books By This Author

Las cuevas de Adelstan

Una aventura alucinante por las tierras inhóspitas de África, y más allá.
Un viaje en globo aerostático como punto de inflexión.
Una oportunidad imposible de rechazar para experimentar África en primera persona.
La entrada en escena de un cazador furtivo con ansias de venganza.
Y el hallazgo de unas cuevas remotas como detonante de un giro inesperado.